
HARLEQUIN
Deseo
LA BODA DE
SUS SUEÑOS

La boda de sus sueños

Genie Hill no podía creerlo. Si ese hombre era realmente Alex Dalton, ¿dónde estaban las gafas y los granos? ¿Y cómo tenía esa moto y… esa musculatura? Como por arte de magia, el poco agraciado adolescente y genio para las matemáticas se había convertido en un ejecutivo que quitaba la respiración.

Años atrás, Alex habría vendido su alma al diablo por un beso de Genie. La "chica de sus sueños" era ahora una maestra de escuela de aspecto vulgar, y el "feo" al que rechazara había vuelto dispuesto a vengarse. El primer paso era seducir a Genie; pero el paso siguiente, desde luego, no era casarse con ella.

Capítulo 1

— ¡Señorita Hill! ¡Señorita Hill! ¡Terminator ha atrapado a Joey!

Genie Hill se volvió hacia el niño que, casi sin respiración, entró como un vendaval en la oficina de la escuela. Inmediatamente, le detuvo poniéndole una mano en los hombros.

—Tranquilízate, Paul —la energía del chico se transfirió a un movimiento hacia arriba y abajo delante de la profesora—. Y ahora, empieza por el principio. ¿Dónde está Joey?

—Lo tiene Terminator.

Había oído bien. Genie estaba segura de que era imposible que el cyborg de la serie Terminator estuviera en Wiley, Georgia; sin embargo, el temor que vio en los ojos de Paul la asustó.

— ¿Dónde lo tiene?

—Ahí afuera, en el cobertizo de las bicicletas.

Al menos, estaba cerca… si seguía allí. Normalmente, la vida era bastante tranquila en aquel pueblo. Nunca se había dado el caso de que raptaran a un niño, pero… Los latidos de su corazón se aceleraron y, rápidamente, se dio media vuelta y caminó hacia la puerta. Paul comenzó a seguirla.

—Tú quédate aquí —le dijo Genie.

— ¿Quieres que llame al sheriff Conroy? —preguntó Annabelle Foster, la secretaria de la oficina.

—Sí, si no he vuelto dentro de tres minutos.

Genie bajó corriendo la pequeña escalinata, abrió la puerta y salió. Al momento, miró en dirección al cobertizo de las bicicletas. No vio a Joey, pero vio a un hombre muy alto y rubio, vestido con pantalones vaqueros y una chaqueta de cuero. El hombre miraba hacia abajo, a algo que tenía delante.

Tras dar unos pasos más, Genie vio a Joey mirando hacia arriba, con los ojos muy abiertos y los labios apretados. Sin aminorar la marcha, se acercó hasta quedar delante de su alumno. Pronto se dio cuenta de que estaba más cerca de aquel desconocido de lo que le habría gustado.

La hostil mirada del hombre, que hasta aquel momento había estado fija en el pequeño, se movió hasta las femeninas curvas cubiertas por el jersey burdeos. El desconocido sonrió y bajó los ojos hasta los zapatos negros de Genie. Cuando, lentamente, alzó la mirada hasta fijarla en los ojos de ella, los latidos del corazón de Genie se aceleraron aún más.

—Vaya, vaya… ¿qué tenemos aquí?

Era una voz profunda y cálida, sin rastro de acento sureño. Impresionantes ojos azules, una mandíbula que parecía esculpida en bronce, una sonrisa sensual y un hoyuelo en la mejilla derecha. Joey se aferró a la mano de Genie y la sacó de su trance. Por fin, Genie recuperó su papel de maestra preocupada por su alumno.

—Eso es lo que me gustaría a mí saber. ¿Qué tenemos aquí? —se alegró de que la voz no le hubiera temblado.

—Quizá debiera preguntárselo al pequeño. —Genie alzó la barbilla, negándose a que él la intimidara.

—No sé lo que ha hecho, pero sea lo que sea, no le da derecho a acosarlo y a asustarlo.

—No le he acosado, ángel. Lo único que quería era saber quiénes son sus padres para hablar con ellos.

— ¿Qué ha hecho Joey?

— ¿Joey? ¿Te llamas Joey, amiguito? —Genie miró a su alumno. Él le devolvió la mirada.

—No le he dicho ni una palabra, señorita Hill. He hecho lo que usted nos ha dicho que hagamos. —Ella le revolvió el cabello.

—Ya que le ha enseñado a no hablar con desconocidos, también podría enseñarles a no molestar a los otros niños.

Joey sonrió y consiguió adoptar una expresión de absoluta inocencia. Genie se volvió hacia el hombre, quedando cara a cara, delante de su amplio pecho. Una sensación de incomodidad la invadió. Bajó la mirada ligeramente y notó que la camiseta de él estaba mojada en partes y que tenía la goma de un globo pegada al tejido.

«¡Oh, Dios mío!». Mientras le observaba, el hombre se quitó la goma del globo con un largo dedo. Fascinada por la belleza de sus músculos, no fue capaz de evitar que sus ojos recorrieran un camino descendente. Las manchas de agua acababan en la cinturilla de los pantalones.

«¡Gracias a Dios! ». Porque, sin estar mojado, la bragueta del pantalón, muy ajustada, hizo que Genie bajase rápidamente la mirada a las botas de motociclista. Si los pantalones hubieran estado mojados…

— ¿Ves algo de tu gusto, ángel? —Genie sintió que las mejillas le ardían. Ignorando la pregunta, inquirió:

—Supongo que Joey te ha tirado un globo de agua, ¿me equivoco?

—Quería darle al otro niño, al que ha entrado corriendo en la escuela.

Paul no estaba mojado; por lo tanto, la puntería le había fallado a Joey. Genie miró a su alumno.

—Me parece que deberías pedir disculpas. —Joey bajó la cabeza.

—Se lo he tirado a Paul, siento que el globo le haya dado a usted, señor.

—Espero que, de ahora en adelante, te lo pienses dos veces antes de tirar un globo a alguien.

—Sí, señor.

La irritada mirada del hombre persistió, a pesar de que Joey había sido sincero al disculparse, incluso había recordado acabar la frase con «señor».

—Vamos, Joey, entra en la oficina. Yo iré dentro de un momento. —Una vez que Joey se puso en camino, Genie se enfrentó al desconocido.

—Tirar globos de agua no significa que sea un niño al que le guste molestar a los demás. —El hombre lanzó una amarga carcajada.

— ¿No? En ese caso, ¿de qué lo calificarías tú?

—Depende de la situación. En este caso, creo que el balón de agua ha sido el pago por la araña de goma que Joey ha encontrado hoy entre su comida.

Se oyó la sirena de un coche al otro lado de la plaza del pueblo. A pesar de que la oficina del sheriff estaba muy cerca, Genie supuso que éste había decidido tomar el coche. Debería haberle dicho a Joey que le dijese a Annabelle que no le llamara.

—Vamos a dejar esto claro —continuó el desconocido—. ¿Quieres decir que si alguien hace algo por venganza está bien?

—Estás generalizando. Yo estoy hablando de un caso concreto. —El hombre se pasó una mano por los cabellos.

— ¿En qué criterio te basas para decidir si a alguien le gusta abusar de los demás o no?

En ese momento, el coche del sheriff Zeke Conroy se detuvo delante de ellos. El sheriff salió del automóvil, miró al hombre de arriba abajo, se ajustó el revolver y caminó hacia ellos. El único trabajo en el que Genie veía a Zeke Conroy a parte de sheriff era de actor en películas del Oeste representando el papel de sheriff.

— ¿Problemas, Eugenia?

—Un malentendido, sheriff —respondió el rubio desconocido. Zeke empequeñeció los ojos ligeramente.

— ¿Tiene algún documento de identificación?

—Sí, por supuesto.

— ¿Le importaría enseñármelo, hijo?

El hombre se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón, el movimiento hizo que la bragueta le quedara aún más ceñida. Genie volvió su atención al edificio de la escuela, donde Annabelle, Joey y

Paul, junto a otras personas, se habían agrupado para ver qué pasaba.

—Nueva York. Está de paso por aquí, ¿no? —el tono de Zeke implicaba que era mejor que la respuesta fuese afirmativa. Genie había notado que ese hombre no tenía acento sureño, pero tampoco lo tenía de Nueva York.

—Voy a quedarme aquí una semana.

—El camping está cerrado y el motel más cercano está en Clahoun.

—Voy a estar con mi familia.

— ¿Familia? ¿Quién es su familia, señor…? —Zeke Conroy se interrumpió y volvió a mirar el carné que tenía en la mano—. Alexander Lee Dalton. ¿Es usted pariente de Grandee?

«¿Alexander Dalton?». La única persona que Genie recordaba con ese nombre era un chico esquelético, tímido, con gafas y acné. Ese Alex Dalton, años atrás, iba a Wiley todos los veranos a pasarlos con Grandee. Nunca se había integrado con los demás chicos. El único contacto personal que ella había tenido con él fue cuando su madre le tomó como profesor particular durante un verano para evitar que repitiese matemáticas. No había ningún parecido entre este maravilloso espécimen de hombre con aquel chico que Genie recordaba. Por supuesto, dada la cantidad de Dalton que había repartidos por todo el país, era posible que hubiera otro Alex Dalton.

—Sí, es mi bisabuela —le dijo Alex a Zeke.

— ¿Has venido por el cumpleaños?

—Sí.

—Cien años —dijo Zeke devolviéndole el carné a Alex—. Todos deberíamos tener la misma suerte que Grandee. —Después, se volvió a Genie y añadió:

—Bueno, Eugenia, ¿qué ha hecho Alex para que nos avisaras? —A Genie no le gustó el cambio de su sonrisa; sabía que, cualquier respuesta que le diera, sólo sería una formalidad.

—Paul ha entrado en la oficina corriendo y diciendo que… un extraño había tomado a Joey. Le dije a Annabelle que le llamase ya que no sabía qué pasaba. —Zeke se encogió de hombros.

—Bueno, espero que ya te hayas quedado tranquila. Un bisnieto de Grandee no es un desconocido en este pueblo. Bueno, Alex, siento lo ocurrido. Que te diviertas estos días aquí. —Alex estrechó la mano del sheriff.

—Eso espero.

Cuando Zake se alejó, Alex miró a Genie.

—Sientes que no me haya arrestado, ¿verdad? —Genie cerró las manos en puños.

—Si te hubiera puesto las esposas y te hubiera tenido unas horas en

la cárcel de Wiley, quizá te lo pensarías dos veces antes de volver a asustar a un niño.

— ¿Te gustaría verme esposado? Quizá el sheriff Conroy tenga un par de esposas de sobra. Estoy por divertirme, si tú también lo estás. —Genie se quedó sin habla. Alex rió y luego le dedicó otra de sus deslumbrantes sonrisas.

—Hasta la vista, Genie.

«¿Genie?». ¿Cómo sabía él que sus amigos la llamaban Genie? Zeke la había llamado Eugenia y Joey, señorita Hill. ¿Lo había supuesto o era el mismo Alex que le había enseñado matemáticas? No, no podía ser el mismo. Se volvió y se dirigió a la oficina. Paul y Joey bajaron las escaleras corriendo.

—Señorita Hill, ¿qué le ha dicho Terminator? —Joey lanzó un gruñido.

—No digas tonterías, Paul, Terminator es un personaje de película, no es de verdad. Es un actor, Arnold Schwarzkopf.

— ¡Schwarzkopf es de la Tormenta del Desierto, idiota! —contestó Paul.

—Bueno, pues es Arnold Schwarts… algo —respondió Joey antes de mirar a Genie—. ¿Todavía está enfadado Arnold porque le he tirado un globo de agua, señorita Hill?

—Siento desilusionaros a los dos, pero no era Arnold Schwarzenegger. Se llama Alexander Dalton y es hijo de uno de los nietos de Grandee. No le ha gustado que le tiraran un globo de agua, pero te ha parado porque creía que estabas molestando a Paul. —Los dos chicos intercambiaron miradas interrogantes.

— ¿Podemos irnos ya a casa? —preguntó Paul.

—Sí, claro. Hasta mañana, chicos.

Después de despedirse, los dos amigos se marcharon. Genie sonrió mientras les veía alejarse. Podía ver que, desde su altura, Alex les hubiera parecido Arnold Schwarzenegger. Por lo que ella había podido ver, tenía un cuerpo maravilloso, aunque no tenía el volumen ni la musculatura de un levantador de pesas ni de un jugador de rugby.

Demasiado tarde, había recordado el rugby. Incluso ahora, muchas cosas le hacían pensar en Will Tucker, su ex novio, y en su profesión. Genie se dirigió a la oficina, no quería pensar en Will Tucker. Tampoco quería pensar en Alex Dalton ni en su sonrisa sensual ni en la reacción tan peculiar que había provocado en ella.

— ¿Así que Genie Hill no se ha casado con Will Tucker? —preguntó Alex a su bisabuela. Grandee negó con la cabeza mientras aclaraba un vaso que luego le dio a Alex para que lo secara.

—No. Rompieron un mes antes de la boda.

Alex estaba sorprendido. Genie y Will habían sido… «la pareja» los últimos veranos que sus padres le habían enviado a Georgia por vacaciones. Ya que Joey la había llamado señorita Hill, no debía haberse casado con nadie más.

Alex metió el vaso en el armario. Grandee tenía un lavavajillas, pero raramente lo usaba. Decía que le gustaba terminar las tareas del día con las manos en agua jabonosa. Y ahí, en aquella casa, su palabra era ley. Si decía que los platos se fregaban a mano, se fregaban a mano. Alex extendió la mano y tomó el siguiente vaso que su bisabuela le dio.

— ¿Genie es maestra de escuela?

—Sí, hijo. Creo que de cuarto grado. Tu primo Donny la tiene de profesora, y creo que está en cuarto grado. La verdad es que antes sabía qué estudiabais todos, ahora me resulta más difícil acordarme. Sé todo lo referente a los nietos y a los bisnietos, pero cuando se trata de los hijos de mis bisnietos…

Genie había acabado de maestra. Alex se preguntó por qué habría preferido eso a la vida de lujo que Will podría haberle proporcionado. Aunque quizá había sido Will quien había roto el compromiso. Quería enterarse de más cosas, pero Grandee era muy lista y empezaría a sospechar si hacía más preguntas sobre Genie.

— ¿Qué tal está el primo Donny?

Grandee comenzó a ponerle al corriente sobre la vida de su familia, incluyendo una lista de los que iban a asistir a su cumpleaños. Alex escuchó, aunque la imagen de Genie le vino a la mente con frecuencia.

Genie Hill era una preciosidad cuando estudiaba en el instituto. Sus cabellos castaños brillaban al sol y sus ojos, también castaños, se iluminaban cuando sonreía. Alex había esperado que se convirtiera en una hermosa mujer, no en una maestra de aspecto común y corriente. El pelo, que antes le caía sensualmente sobre los hombros, ahora lo llevaba recogido en un moño que no la favorecía.

Sabía que, aquella tarde, se había irritado en exceso con el niño que le había tirado el globo de agua. Sin embargo, el incidente le había hecho recordar la cantidad de veces que Will Tucker y sus amigos le habían hecho a él lo mismo; en realidad, cada vez que se había aventurado a abandonar la seguridad de la casa de Grandee. Pero los globos de agua no habían sido lo peor, sino que le llamaran Einstein, Cuatro Ojos, Gafotas, Cara Cráter… Eso le dolía mucho más que el agua. Los últimos veranos fueron más pacíficos. Will estaba muy ocupado con Genie y tenía menos tiempo para molestar a sus

víctimas.

Genie. Alex había estado enamorado de ella. Por aquel entonces, vivía para las vacaciones de verano, rezaba porque ese verano ella se fijara en él. Estaba casi seguro de que no le había reconocido, aunque tenía que admitir que había cambiado bastante. Había cambiado tanto como ella. La única diferencia era que él había cambiado para mejor.

El tiempo había originado algunos cambios, el ejercicio y una vida más activa habían ayudado. Las lentillas habían reemplazado a las gafas; aunque, tenía un par de gafas que se ponía de vez en cuando.

Pero los cambios más importantes habían sido internos. Siempre había sido una persona solitaria, aunque no por elección. De pequeño, había intentado integrarse con los otros chicos, tanto en California como en Wiley, pero en ninguno de los dos sitios había tenido suerte. En realidad, no había tenido amigos hasta que conoció a Rorke O'Neil y Jesse Tyler. Los tres se compenetraron desde el primer momento. Tanto Rorke como Jesse tenían mucho éxito con las mujeres y los dos decidieron enseñarle a tratarlas.

Lo primero que Rorke le dijo fue que se deshiciera de las gafas y luego le enseñó cómo tenía que hablarles. Ahora, Alex salía con todas las mujeres que quería y estaba seguro de que, si así lo deseaba, también tendría a la señorita Eugenia Hill.

Genie miró por el ojo de buey. Alex Dalton. ¿Qué estaba haciendo ahí? Encendió la luz del porche, descorrió el pestillo y, lentamente, abrió la pesada puerta de madera. Iba vestido con un jersey de esquiar y pantalones de lana, y estaba tan guapo como con los vaqueros y la chaqueta de cuero.

Genie sabía que la ropa con la que había ido a trabajar no la favorecía y sintió no haberse cambiado. ¿Cómo iba a saber que, después de tantas tardes en soledad, esa noche se iba a presentar a las puertas de su casa un hombre tan atractivo? Sin embargo, cualquier cosa que se hubiera puesto habría sido igualmente sosa. Toda su ropa era cómoda y sencilla, apropiada para el trabajo.

Su profesión era sólo en parte el motivo de su cambio de apariencia física. En gran medida se debía a Will. Este, durante mucho tiempo, había insistido en que la ropa provocativa era una publicidad falsa en ella, no la sentaba bien.

—Hola. —Alex sonrió y le dedicó una mirada de infantil inocencia.

—Hola. ¿Sorprendida de verme?

—Sí.

—He venido para disculparme por haber asustado a tu alumno esta tarde. —Era un buen gesto.

—Y yo debo pedirte disculpas por haber sido tan… brusca.

—Ha sido una reacción natural. Igual que una osa defendiendo a sus cachorros.

—No sé si me gusta que me comparen con una osa.

—Podría haber dicho gallina clueca.

—Eso es todavía peor. —Alex suspiró. Su sonrisa se desvaneció, pero se intensificó en sus ojos.

—En fin, qué le vamos a hacer; supongo que ya no vas a invitarme a que entre.

Capítulo 2

¡Ese hombre era mortal! Imposible que fuese el fanático de las matemáticas que había conseguido que las aprobara años atrás.

—Perdona mis modales. Por favor, entra.

—Gracias. —Genie abrió la puerta de rejilla y Alex, pasando por delante de ella, entró en el cuarto de estar.

— ¿Te apetece beber algo? ¿Un café, limonada? —Alex se volvió y la miró.

— ¿Haces una limonada tan buena como la de tu madre? —Genie contuvo la respiración.

— ¿Cuándo has tomado la limonada de mi madre? —Alex avanzó un paso, llegó hasta ella y, poniéndole un dedo en la barbilla, le alzó el rostro.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad, ángel? Estoy desolado. —La soltó y retrocedió unos pasos.

Miró fijamente ese rostro masculino, el bien formado cuerpo y siguió sin ver ningún parecido entre ese Alex y el que conociera hacía años.

—Conocía a un Alexander Dalton que solía pasar los veranos con Grandee, pero… — ¿cómo podría decírselo sin ofenderle? —. No era la clase de chico a quien le gustan las motos y las chaquetas de cuero.

—Y tú no eras la clase de chica que se ajusta al estereotipo de maestra, Genie. —Le dolía cuando su hermana se lo decía, pero oírselo decir a un hombre tan atractivo era descorazonador.

—Siempre he querido ser maestra. Por eso era tan importante para mí aprobar las matemáticas, quería ir a la universidad.

—Vaya, así que te acuerdas de mí, ¿eh?

—Entonces… ¿eres ese Alex?

—Sí, el mismo.

Genie consiguió no quedarse con la boca abierta. Conocía el cuento del patito feo, pero nunca había visto que ocurriese en la realidad. Sólo sufrían metamorfosis las mariposas.

— ¿Podría tomar limonada?

—Sí, claro.

Genie entró apresuradamente en la cocina, sirvió dos vasos de limonada, y se volvió para regresar al cuarto de estar. Alex estaba apoyado contra el marco de la puerta cruzado de brazos y un pie cruzado sobre el otro. De nuevo, a Genie le impresionó lo guapo que era. Estuvo a punto de dejar caer la limonada, pero Alex avanzó hacia

ella y le tomó los vasos.

—Yo los llevaré. —Alex se hizo a un lado y le cedió el paso.

En el cuarto de estar, Genie recogió los trabajos de sus alumnos que había estado corrigiendo y los dejó en un extremo de la mesa. Alex se sentó en el sofá con tapicería de flores. Genie se sentó en un sillón. Mientras bebía despacio, miró a Alex y se preguntó si habría ido a pedir disculpas o si el motivo de su visita era otro. Alex probó la limonada.

—Tan buena como la de tu madre. ¿Cómo están tus padres y tu hermana? Se llama Magnolia, ¿no?

—Sí. Están todos bien.

«Cuando Maggie te vea le va a dar un ataque. Tampoco se lo va a creer». Genie puso el vaso encima de la mesa y pensó en qué podía decir.

— ¿Así que vives en Nueva York?

—Sí.

— ¿Has hecho todo el viaje en moto?

—No, he ido en avión hasta Atlanta y allí he tomado la moto.

— ¿Siempre has vivido en Nueva York?

Se dio cuenta de que era la primera vez que se interesaba por saber dónde vivía. Años atrás, cuando Alex iba a pasar los veranos con Grandee, ella estaba tan enamorada de Will Tucker que no había prestado atención a ningún otro chico, aunque, en realidad, de no haber estado con Will tampoco se habría fijado en Alex por aquel entonces. Alex bebió otro sorbo de limonada antes de contestar.

—No. Nací y me crié en California.

— ¿Venías a pasar los veranos a Wiley porque te gustaba o era idea de tus padres? —No podía imaginar que a Alex le hubiera gustado estar allí teniendo en cuenta lo poco que a los demás chicos les gustaba.

—Me encantaba ver a Grandee, pero venía porque a mis padres les convenía. Los dos son profesores en la universidad, Cal Tech, y entre sus proyectos y sus alumnos no tenían tiempo para pasar todo el verano conmigo.

—Nunca habría imaginado que fueses de California. Ahora entiendo por qué no tienes acento de Nueva York. —Alex rió.

—Probablemente, Grandee se negaría a hablar conmigo si lo tuviera. Le sentó muy mal que me fuera allí a vivir, aunque ahora ya se ha acostumbrado a que trabaje para Yankee Motorworks. Por fin, ha aceptado que es una marca americana que se vende internacionalmente y que no tiene nada que ver con la guerra entre los estados americanos.

— ¿Trabajas en Yankee Motorworks?

Genie no entendía de motos, pero había oído hablar del fenomenal éxito de la compañía y había visto un anuncio de Yankee Motorworks que había alborotado a todo el país. Se habían hecho concursos y apuestas sobre la identidad de los tres hombres que posaban junto a tres motos y cuyos rostros quedaban ocultos tras los cascos.

—Sí, trabajo en esa compañía.

—No trabajarás, por casualidad, en el departamento de publicidad, ¿verdad? —Él negó con la cabeza.

—No, pero soy yo quien ha contratado a la empresa que nos hace la publicidad.

— ¿Sabes quiénes son los hombres del anuncio?

—Sí.

— ¿Quiénes son? —Genie volvió a ver esa sensual sonrisa. Alex dejó el vaso en la mesa y se arrellanó en el asiento.

—Podrías venir aquí e intentar sonsacarme. —Genie se levantó del sillón de un salto. Con las manos en las caderas, se detuvo delante de él.

— ¿Las de Nueva York aguantan que les hables así? —El ladeó su sonrisa y el hoyuelo de la mejilla derecha se hizo más pronunciado.

—No lo sé, no les hablo así.

—Me alegro. Cualquier mujer te daría una patada en tu bonito trasero. —Genie se volvió y se dirigió a la puerta. Había esperado que Alex la siguiera; sin embargo, cuando se volvió, lo encontró en el mismo sitio donde lo había dejado, en el sofá.

— ¿Lo has dicho en serio?

—Sí. Quiero que te marches. —Alex se levantó y se acercó a ella.

—De eso estoy seguro, ángel. Me refería a si de verdad crees que tengo un bonito trasero.

Era tan precoz como sus alumnos y Genie tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Entonces, Alex se acercó aún más y Genie contuvo la respiración al tiempo que clavaba los ojos en aquella boca… que ya no sonreía. Iba a besarla. Instintivamente, Genie le puso las manos en el pecho con intención de apartarle pero no pudo.

Sí, iba a besarla… y ella se iba a dejar. No sólo se iba a dejar, si no que también le iba a besar. Alex le puso una fuerte mano en la garganta y Genie se alzó de puntillas al tiempo que comenzaba a cerrar los ojos. Fue entonces cuando Alex se apartó, retirándole la mano de la garganta. El frío aire de la noche la golpeó.

—Buenas noches, ángel —dijo Alex.

Alex abrió la puerta de rejilla y salió de la casa. Alex se metió las manos en los bolsillos, bajó los escalones del porche, llegó hasta la

puerta de la valla blanca, la abrió y salió. Genie había querido que la besara y, durante unos momentos, había querido besarla. Cerca de ella, la realidad se había mezclado con la ficción y llegó a verla como la mujer que había imaginado que sería. Sintió un repentino y fuerte deseo por aquella imagen, producto de su imaginación.

Las hojas secas caídas de los árboles crujieron bajo sus pies. Había alguna casa nueva y otras arregladas. Pero, fundamentalmente, las calles de Wiley estaban igual que en su juventud. Las ventanas de las casas estaban iluminadas y el aroma a madera quemada impregnaba el aire otoñal.

Imaginó la imagen de él y Genie tumbados y abrazados delante de una chimenea. Genie, con el cabello cayéndole en suaves ondas sobre sus hombros desnudos, con una sonrisa en los labios y los ojos brillantes. Iba a poseerla. Pero iba a tener que esperar, porque iba a hacerle esperar. Sí, Genie iba a esperar. La venganza le sabría mucho más dulce si la conquistaba despacio, si la conquistaba emocionalmente antes de llevarla a la cama.

El verano que le había dado clases de matemáticas, habría vendido su alma al diablo por un beso de ella. Quiso pedirle que saliera con él; incluso ensayó qué le diría, en el bosque, detrás de la casa de Grandee, sentado en una roca, repitiendo una y otra vez las palabras: «Eugenia, ¿te gustaría ir al cine conmigo?». Le había salido casi perfecto, sin que la voz se le quebrara, cuando Will Tucker apareció a sus espaldas.

Cuando Will terminó de burlarse y reírse de él, a Alex ya no le quedaba valor para pedirle a Genie que fuese con él al cine. Además, probablemente ella le habría mirado como si hubiese perdido la razón. O se habría reído de él. O peor aún, podría haberle mirado con pena. Eso le habría dolido más que cualquier otra cosa. «Olvida el pasado, Alex. Todo ha acabado, el ya no existe». ¿Qué habría dicho Genie de haberle contado que él era uno de los hombres del anuncio de Yankee? Que él, Jesse y Rorke eran quienes habían posado para las fotos.

¿Tenía importancia que ella le hubiera rechazado años atrás? Esa noche Genie había querido que la besara. La imaginó acurrucada en el sofá, apasionada por él. Cuando regresase a Nueva York, lo haría dejándola con el corazón roto.

Genie cerró la puerta y, poco a poco, el corazón volvió a latirle a un ritmo normal. Revivió mentalmente lo que había ocurrido durante los últimos minutos. Lo que había estado a punto de ocurrir… Había creído que iba a besarla y había querido que la besara. No había besado a nadie desde Will. No había querido que nadie la besara

desde Will. Pero esa noche, había querido el beso de Alex. Había deseado apretar su cuerpo contra el de él y sentir su boca en la suya.

Se apartó de la puerta, fue a la cocina y descolgó el teléfono. Su hermana mayor respondió a la tercera llamada. Hablaron de los dos niños de Maggie y de los alumnos de Genie hasta que aquella dijo:

— ¿Qué es lo que te pasa, Genie? Vamos, suéltalo ya.

—No sé si quiero hablar de ello.

— ¿Has vuelto a ver a Will por televisión? ¿Cuándo vas a olvidarte de él?

Genie no veía a propósito ningún partido de rugby; pero, alguna vez que otra, accidentalmente, veía a Will en un informativo deportivo o en un anuncio. Siempre que ocurría eso llamaba a su hermana por teléfono.

—Maggie, estaba enamorada de él desde siempre y llevaba cuatro años siendo su prometida, íbamos a casarnos. Lo que sentía por él no puede desaparecer de la noche a la mañana. —Aunque quizá había comenzado a ocurrir. Quizá por eso le atraía Alex. —Pero no te he llamado por eso —añadió Genie—. ¿Te acuerdas de Alex Dalton?

— ¿Iba al colegio con nosotras?

—No, pasaba aquí los veranos con Grandee.

— ¿Ese chico tan alto y tan delgaducho con quien nadie quería jugar?

—Ese, sí. Ha venido por lo del cumpleaños. —Genie le contó a su hermana el incidente con Joey y Paul. Después, le dijo que Alex había ido a su casa y que ella había querido besarlo.

—No puedo creer que no lo haya hecho. A ese pobre chico no se le deben presentar muchas oportunidades.

—Más de las que te imaginas y, probablemente, más de las que él mismo quiera. —Maggie se echó a reír.

—Debe haber cambiado bastante. —Genie lo describió como lo había visto aquella tarde.

— ¿Una moto grande y negra? ¿Una Yankee?

—Supongo que sí, trabaja en esa compañía.

— ¿Ese es Alex Dalton?

— ¿Lo has visto, Maggie?

—Sí, creo que sí. Esta tarde, en la gasolinera, he visto a un rubio con una moto que estaba para morirse. Ojos azules y una sonrisa que…

—Maggie, ¿has olvidado que estás casada?

—No puedo creer que haya estado en tu casa y le hayas dejado salir antes del amanecer. —Genie sabía que su hermana estaba bromeando, pero no del todo.

—Esa es la cuestión. Es la primera vez que siento esto por un hombre que no sea Will.

—Y ya era hora. Vamos, ve a por él. —Genie se echó a reír.

—Ha flirteado conmigo, pero ni siquiera me ha besado.

—Probablemente estabas con la máscara de maestra y le has asustado.

Genie se miró la falda y se tocó el moño. No se había puesto la máscara de maestra y le había asustado.

Se había convertido en la máscara de una maestra. No le extrañaba que no la hubiera besado.

—Quería que me besara, ha sido muy extraño.

—Ha sido algo normal y muy sano. Felicidades por volver al mundo de los vivos, Genie.

— ¿No tienes ningún alumno hoy que se ha quedado hasta más tarde, Miss Hill?

Genie giró sobre sus talones y encontró a Alex en el umbral de la puerta. Sí, Maggie tenía razón al describirle, era un hombre que estaba para morirse.

—No, nadie.

Dejó la goma de borrar que tenía en la mano, se acercó a su mesa y se detuvo detrás de ella con el fin de ocultar tanto como pudiera de su vestimenta.

Alex se adentró en la estancia. Genie sintió un peso en el vientre mientras le observaba avanzar hacia ella. Parecía un depredador a punto de devorar a su presa. Pero de ser verdad eso, no se habría despedido la noche anterior con un simple buenas noches.

—Mi abuela me ha dicho que estás encargada de los adornos de la fiesta de cumpleaños de Grandee.

—Sí, he pedido globos, arreglos florales y el club de mujeres de Wiley están preparando unos centros de flores de seda y…

—Puede que tengas, o quieras, hacer unos cambios. Vamos a cambiar de local.

— ¿No se va a celebrar en el club de mujeres?

—No hay sitio para todos los invitados y para periodistas en el club de mujeres. —Genie se cruzó de brazos.

—Por eso precisamente también vamos a sacar mesas al jardín. Además, no teníamos pensado invitar a periodistas.

—Es mejor así. En cuanto a las mesas en el jardín, según se vaya haciendo de noche va a hacer frío. Además, ¿qué pasaría si lloviese?

—En ese caso, ¿qué es lo que sugieres?

Genie quiso decirle que mucha gente había dedicado mucho tiempo y energía planeando esa fiesta. ¿Quién era él para aparecer un día y

deshacer todo el trabajo hecho?

—He alquilado el Roseleigh.

— ¿Roseleigh?

Roseleigh Plantation estaba a siete kilómetros del pueblo. Era una residencia privada cuya sala para fiestas se alquilaba, ocasionalmente, a las productoras de películas y, en otras ocasiones, para bodas. Desde el primer día que estuvo en Roseleigh, en una excursión del colegio, soñaba con celebrar su boda allí. Una ceremonia a la luz de las velas en el gran salón seguida de una cena y un baile.

—No se cumplen cien años todos los días —dijo Alex sacándola de su ensimismamiento.

—Pero el presupuesto que tenemos para la fiesta…

—Lo voy a pagar yo, es mi regalo de cumpleaños. Además, cubriré los costes de los adornos adicionales que quieras pedir o contrataré a un profesional para que se encargue de ello si lo prefieres.

—Los adornos han sido un trabajo de grupo. Además de las mujeres del club, también han participado estudiantes y gente del pueblo.

Probablemente, un profesional no querría utilizar las tarjetas ni los servilleteros ni las banderas, todo ello hecho a mano, porque no encajaría en un lugar tan elegante como Roseleigh.

—Bueno, ¿por qué no vamos allí para que así puedas verlo?

—Yo…

¿Quería pasar parte de la tarde con Alex teniendo en cuenta lo mucho que la atraía? ¿Quería ir a Roseleigh, con la carga emocional que ese sitio tenía para ella? Además, tenía que corregir trabajos de sus alumnos. Sin embargo, la fiesta era el domingo, y si necesitaba hacer cambios…

—De acuerdo.

—Bien. Ve a tu casa a ponerte unos vaqueros.

— ¿Que vaya a ponerme unos vaqueros?

—No puedes ir así en una moto.

— ¿En una moto?

Capítulo 3

Genie nunca había montado en moto. La experiencia no era lo que había imaginado que sería. Tenía miedo de correr al aire libre, pero eso no era nada comparado con lo que sentía al estar pegada a la espalda de Alex. Al principio, le resultó reconfortante refugiarse en su cálida fuerza y rodearlo con los brazos. Se sintió protegida y arropada. Pero esa sensación cambió y se transformó en algo que no le daba ninguna seguridad. Las vibraciones del poderoso motor le sacudieron el cuerpo. Cada movimiento que Alex hacía, tenía eco en sus terminaciones nerviosas.

Cuando llegaron al largo camino en el que a ambos lados se alineaban enormes robles, Genie era una masa de deseo. A juzgar por la sonrisa de Alex cuando la ayudó a quitarse el casco, se dio cuenta de que lo que sentía debía tenerlo escrito en la cara.

— ¿Te ha gustado?

Demasiado, pero no iba a decírselo.

—No ha estado mal.

— ¿Sólo eso? —insistió él con una maliciosa sonrisa.

—Bueno, ha sido agradable porque todavía no hace frío. Pero no creo que me gustara ir en moto en el invierno.

—Yo sólo voy en moto cuando hace buen tiempo. Sin embargo, hay tipos duros que van en moto incluso cuando hiela —Alex dejó el casco que Genie había usado junto al suyo— ¿En serio es la primera vez que montas en moto?

—Sí.

—En ese caso, has nacido para ello. Me has acompañado todo el tiempo.

—Qué tontería, claro que te he acompañado todo el tiempo. ¿Creías que me había caído en el primer semáforo?

—Vaya, Genie, todavía tienes sentido del humor. Empezaba a preguntarme si no lo habrías perdido. Lo que he querido decir es que no ibas en contra mía, o contra la moto, en las curvas y demás, como suelen hacer los principiantes.

Genie se preguntó cuántas principiantes habían ido con Alex en su moto. ¿Cuántas mujeres se habrían excitado sexualmente al sentir cada uno de sus movimientos? ¿Y cuántas veces había satisfecho el deseo de… esas principiantes?

— ¿Entramos?

Alex la condujo hasta la escalinata que daba a una amplia terraza, la entrada de la mansión. Una de las enormes puertas se abrió y salió

una mujer. Al parecer, Alex ya había estado allí porque el ama de llaves lo llamó por su nombre. Después de presentarle a Genie, el ama de llaves les condujo hasta la sala de banquetes y les dejó solos.

—Bueno, ¿qué te parece?

Techos ornamentados, espejos de cornucopia, candelabros de cristal, suelos de madera pulida, puertas de doble hoja…

—Es hermosísimo. —Pero, de nuevo, le preocupó si las sencillas decoraciones que habían preparado no parecerían ridículas en un lugar así.

—No pareces muy entusiasmada.

—Es que, en mi opinión, el club de mujeres tiene una atmósfera más cálida. —Y no le traían fantasmas del pasado, sueños en los que ella se había visto vestida de blanco bailando con Will el día de su boda.

—La sala está vacía, será diferente cuando estén las mesas.

Sin duda, mesas con manteles bordados, porcelana, cristal y plata.

—Aunque estén las mesas, es tan… formal. Las celebraciones del pueblo siempre las hacemos en el club de mujeres, y sirve para ese propósito.

—Por lo que tengo entendido, muchas bodas de Wiley se han celebrado en este salón. —Genie se encogió de hombros.

—Esto no es una boda, sino una fiesta de cumpleaños. Es demasiado lujoso para una fiesta de cumpleaños. —Alex se llevó una mano a la cadera.

—Gracias por tu opinión, señorita Hill.

— ¿Y qué me dices de lo lejos que está? Seguramente, mucha gente pensaba ir andando a la fiesta; sobre todo, la gente mayor a quienes no les gusta conducir de noche.

—He contratado unos autobuses para que traigan a los invitados y los lleven de vuelta al pueblo con regularidad.

Tenía respuesta para todo. Genie sabía que debería mostrarse impresionada, pero no podía.

— ¿Puedes encargarte de la decoración o prefieres que contrate a alguien?

— ¿Qué me dices de Grandee? ¿Cómo sabes que no preferiría la fiesta en Wiley?

—Lo he hablado con mi abuela, y me ha dicho que le parecía bien. Además, durante gran parte de mi vida, pasaba tres meses todos los años con mi bisabuela, y creo que eso me da una buena idea de lo que a ella le gusta y lo que no.

— ¿Y crees que celebrar aquí su fiesta de cumpleaños le gustaría?

—Sí, por eso lo hago —Alex se cruzó de brazos—. Grandee conoció

a mi bisabuelo en Roseleigh.

—Oh. No lo sabía.

Si Roseleigh tenía tantos recuerdos para Grandee, era muy posible que prefiriera celebrar allí el cumpleaños. No obstante, Genie no estaba dispuesta a que se ignorase el trabajo y el esfuerzo que tanta gente había hecho. Aunque no fueran trabajos profesionales, los objetos que la gente de Wiley habían hecho decorarían la sala de fiestas de Roseleigh. Miró a su alrededor esforzándose por no imaginar el salón preparado para una boda, sino para un cumpleaños. Luminoso y colorido.

—Sí, puede que sea buena idea —murmuró, más para sí misma que para Alex.

Alex se dio cuenta de que había tenido razón, Genie estaba mucho mejor en pantalones vaqueros que con la ropa de maestra. Y, a juzgar por lo que le hacía sentir sentada en la moto a su espalda, sabía que estaría incluso mejor sin ellos puestos. Lo único que le faltaba era soltarse el pelo, tanto literal como metafóricamente.

Había accedido a encargarse de las decoraciones para la fiesta, pero parecía seguir oponiéndose a la idea de que el cumpleaños de Grandee se celebrase en Roseleigh. Alex no comprendía por qué.

Durante el trayecto de vuelta a Wiley, se la notaba muy tensa.

Alex pensó en el último verano que pasara allí, el verano que había dado clases de matemáticas a Genie, y no pudo evitar recordar el incidente que tuvo lugar una semana después a que Will le encontrase en el bosque ensayando las palabras que iba a decirle a Genie para invitarla a salir con él. Después de terminar la lección, la señora Hill entró en el cuarto donde daban la clase y le invitó a la fiesta de cumpleaños de Genie que iba a tener lugar el viernes siguiente. Alex estaba encantado con la invitación y tenía intención de ir.

Después de salir de la casa, iba camino de la suya cuando, de repente, decidió volver para pedirle a la señora Hill ideas para hacerle un regalo a Genie. Pensaba que, si le daba a Genie lo que a ella más ilusión le hiciera, quizá…

Cuando llegó al porche, oyó voces en el interior de la casa, provenían de una ventana abierta. Alex alzó la mano para llamar; pero, en ese momento, oyó decir a la señora Hill:

—Me ha parecido que, para cambiar, le gustaría estar con chicos de su edad.

— ¡Cómo me has podido hacer eso! ¡Todos mis amigos se van a reír de mí!

—Una vez que le conozcan mejor, puede que se hagan amigos suyos —respondió la señora Hill.

—Sí, mamá, cuando los elefantes vuelen.

—Pues a mí me ha parecido que os lleváis bien en las clases —observó la madre de Genie.

—Es un buen profesor. Es muy listo y sabe matemáticas. Pero no sólo sabe matemáticas, sino que además le gustan. ¿Puedes creerlo? —Genie se echó a reír—. ¡Qué idiota!

— ¡Eugenia!

La madre de Genie continuó hablando, pero Alex no se quedó a escuchar el resto de la conversación. Ya había oído suficiente, más que suficiente.

Y ahí estaba él, al cabo de los años, en el pueblo. Deseó poder volver al pasado. De poder hacerlo, se daría a sí mismo unas palmaditas en el hombre y se diría que el rechazo de Genie no debía preocuparlo. Le diría al joven Alex que Genie acabaría tragándose aquellas palabras; que le dejaría, no, que le rogaría, que le hiciera todas esas cosas con las que él había soñado en su juventud. Y otras que había aprendido con el tiempo.

Para Genie, el trayecto de vuelta fue peor que el de ida. Al principio, mientras recorrían la serpenteante carretera al pie de las montañas a la luz del atardecer, disfrutó el panorama. Sin embargo, enseguida, sólo tuvo ojos para el hombre que estaba delante de ella.

Cuando se bajó de la moto, le alivió poder estar a cierta distancia de él. Fue a darle las gracias a Alex por el paseo cuando se dio cuenta de que no estaban delante de su casa, sino del café Wiley. Genie miró a Alex con el ceño fruncido.

—He pensado que podríamos cenar antes de dejarte en tu casa.

—No es necesario. Tengo que corregir unos ejercicios; además, supongo que tú querrás estar con tu familia.

—Te llevaré a tu casa después de cenar. Piensa en el tiempo que te ahorrarás al no tener que cocinar.

Eso era verdad. Pero compartir una mesa con ese hombre que tanto la atraía sería muy difícil. Le resultó más difícil todavía ignorar las miradas de reojo del personal del café y de algunos clientes. Algunas personas se pararon junto a su mesa para saludar; dado que la mayoría de ellos llamaban a Alex por su nombre, Genie asumió que se había corrido la voz de que estaba en el pueblo y, también, de su cambio físico. Durante la cena, ella y Alex hablaron de sus alumnos, incluyendo a Joey y a Paul.

—Te gusta tu trabajo, ¿verdad? —comentó él.

—Sí, me gusta. ¿Y a ti, te gusta tu trabajo?

—Me encanta, pero me tiene muy ocupado.

— ¿Qué haces en la compañía Yankee además de contratar

empresas publicitarias?

—Tomar decisiones y delegar responsabilidades en otros.

— ¿Tienes un puesto directivo?

—En el consejo de administración, soy uno de los fundadores de la empresa. —Genie se alegró de haber tragado el sorbo de té con hielo antes de que Alex respondiera.

— ¿En el consejo de administración?

—Sí.

—Nunca había cenado con alguien que esté en el consejo de administración de una empresa.

—En ese caso, estamos igual. Yo nunca había cenado con una maestra de escuela.

Era de esperar, probablemente cenaba con sofisticadas mujeres de Nueva York, actrices y modelos. Y lo más seguro era que le estuviese aburriendo hablándole de sus alumnos. No sabía qué decir, pero la salvó Skip Evans, uno de los viejos amigos de Will, que se acercó a su mesa.

—Hola, Genie.

—Hola, Skip —respondió Genie notando que Skip miraba fijamente a Alex—. Este es Alex Dalton, ¿te acuerdas de él? Solía pasar los veranos aquí. —Los ojos de Skip se agrandaron aún más.

—Vaya, sí claro. Creí que Casey me estaba tomando el pelo.

Genie supuso que Skip le había preguntado a Casey, la camarera, quién era Alex.

—Encantado de volverte a ver, Skip —dijo Alex en tono educado, aunque Genie se dio cuenta de su frialdad.

—Has venido por el cumpleaños de Grandee ¿verdad?

—Sí.

—Skip, ya tienes la comida —dijo Casey desde otro lado del establecimiento. Skip se encogió de hombros.

—Bueno, ya nos veremos. —Se dio media vuelta y se alejó.

—Tengo la impresión de que la mayoría de la gente que recuerdo de cuando venía siguen viviendo aquí, en Wiley —comentó Alex.

Genie notó que había utilizado la palabra gente, no amigos. Trató de pensar en lo que aquellos veranos debían haber sido para Alex. De repente, un sentimiento de culpabilidad la asaltó por no haber sido más amable con él entonces.

—Sí, la mayoría vive aquí. Algunas chicas, después de casarse, se han ido a vivir a otro sitio; pero la mayor parte de los chicos se han quedado en el pueblo, a cargo del negocio familiar o han abiertas un negocio propio.

—Excepto Will. —Genie se quedó helada al oír el nombre de su ex

novio.

—Su padre todavía espera que, algún día, se ponga al frente de la gasolinera.

— ¿Crees que lo hará?

—No lo sé. Will me comentó que, cuando sus días de jugador se acabaran, se dedicaría a representante o a entrenador.

—Todavía le quedan años de jugador… y de éxitos.

— ¿Eres aficionado al rugby?

—No. Pero, a juzgar por cómo tiraba Will los globos de agua, imagino que se le dará muy bien. —Genie no sabía que Alex y Will habían sido amigos.

—No sabía que Will y tú jugarías juntos.

—Nunca jugamos juntos. Yo era uno de sus blancos preferidos.

Genie se preguntó si eso había tenido algo que ver con la reacción de Alex aquella tarde, cuando Joey le tiró el balón.

— ¿Sueles verlo? —preguntó Alex.

— ¿Por qué? ¿Quieres entradas para un partido?

Era muy común que la gente pensase que, como habían sido novios, Genie podía llamar a Will para pedirle entradas como favor. Alex la miró, dejó la taza de café en la mesa, extendió un brazo y tomó la mano de Genie.

—No, lo que quiero es saber por qué habéis roto y qué clase de relación tenéis en la actualidad. Y no es porque me interese Will, sino tú.

¿Que Alex estaba interesado en ella? ¿En qué sentido? ¿Cómo un viejo amigo? Nunca habían sido amigos, sólo conocidos. Con la mano que le quedaba libre, Genie tomó la servilleta que tenía encima de las piernas y la dejó encima de la mesa.

—No comprendo por qué. —Alex le acarició la mano ligeramente con el dedo pulgar.

—Porque eres una mujer soltera y atractiva y yo soy un hombre soltero y sano.

¿Atractiva? ¿Lo decía en serio o era parte de su coletilla con las mujeres? Si ella le atrajera, la habría dado un beso la noche anterior. Además, ¿qué importancia tenía? El sólo iba a pasar allí unos días.

—Un hombre soltero y sano de vacaciones.

Genie no podía pensar con claridad al sentir el calor de aquella mano, su fuerza y su tamaño. Imaginó lo que se sentiría si le tocara partes más sensibles de su cuerpo.

—No me interesa una breve aventura.

—En ese caso, ¿qué es lo que te interesa?

La pregunta la sorprendió. De joven, siempre se había imaginado a

sí misma viviendo en Wiley con un marido, hijos y una casa parecida a la que tenía ahora. Sin embargo, ahora, sólo pensaba en el día a día.

—No lo sé. —Alzó los ojos y miró a Alex. El la miraba con intensidad.

—En ese caso, ¿cómo sabes que no te interesa una breve aventura? —Genie se quedó sin habla.

—Además, si vas a tener una aventura, te resultaría más fácil con alguien que no viva aquí, alguien con quien no te vas a tropezar continuamente —añadió Alex.

Hablaba con frialdad y lógica. Sin embargo, la forma en que el cuerpo de Genie estaba respondiendo no era ni lógica ni fría.

—Yo, mmmm…

—Di que sí, ángel. Sabes lo que quieres.

El espectro de no saber lo que quería en el futuro desapareció al responder al mortal encanto de Alex. Genie sonrió.

—Estoy segura de que puedes convencer a cualquiera de cualquier cosa.

—Lo que quiero es convencerte a ti.

«Si supieras lo cerca que estás de conseguirlo, estaría perdida».

— ¿Queréis que os vuelva a llenar las tazas de café? —preguntó Casey.

— ¿Genie? —Alex le apretó la mano antes de soltarla. Ella sacudió la cabeza.

—No, gracias. ¿Nos podrías traer la cuenta? —le dijo Alex a Casey.

Después de pagar, Alex y Genie salieron y se acercaron a donde habían dejado la moto. Sólo con mirarla, Genie sintió un cosquilleo en los muslos. «Sólo es un kilómetro y medio».

A medio camino, sus senos suplicaban atención. Se apretó contra Alex y eso la alivió ligeramente. Le pareció que no había pasado ni un segundo cuando Alex paró la moto delante de la puerta de su casa. ¿Qué pensarían los vecinos si la moto siguiera ahí aparcada por la mañana? ¿Qué pensaría Alex si le dijera que la guardase en el garaje? «Contrólate, Genie. No se va a quedar a pasar la noche. Dale las gracias por la cena y mándalo a casa». Se bajó de la moto.

—Gracias por la cena. Lo he pasado muy bien. —Al momento, se dio media vuelta y comenzó a dirigirse a la puerta de la casa. Oyó pasos a su espalda. Cuando llegó a la puerta, Alex la había alcanzado.

— ¿Tienes prisa, Genie?

Capítulo 4

—Ya te he dicho antes que tengo que corregir unos ejercicios. —Alex le puso las manos sobre los hombros.

— ¿No puedes dejarlo unos minutos más?

—Bueno…

Despacio, la obligó a darse la vuelta. A pesar de la escasa luz que proyectaba la farola de la calle, Genie se dio cuenta de que quería besarla.

«A lo mejor se echa atrás otra vez en el último momento». ¿Sobreviviría si lo hacía? Probablemente saldría corriendo detrás de él y le tiraría encima de los geranios. Después de las sensaciones que había provocado en ella en la moto, tenía que saber lo que era que la abrazase y la besase.

Alex la rodeó con sus brazos. Inclinó la cabeza y ella, acercándose a él, alzó el rostro para mirarlo. Alex le cubrió los labios con los suyos. Al principio, lo hizo con timidez… y habilidad. Genie dejó escapar un gemido de placer y Alex comenzó a apartarse de ella. Genie abrió la boca para protestar y, al momento, él volvió a cubrírsela, profundizando el beso, explorando los cálidos pliegues de su boca.

Genie respondió con entrega, le devolvió el beso con la pasión que había estado acumulando toda la tarde. Fue un dulce alivio. Fue mágico. Una magia absoluta que la sacudió por entero. El cuero de la chaqueta crujió cuando Alex fue soltándola y se enderezó.

—Buenas noches, ángel —se volvió y comenzó a alejarse.

Nunca un beso la había afectado de esa manera. ¿No debería decírselo… o preguntarle si a él le ocurría lo mismo?

— ¿Alex? —Alex se paró, pero no se dio la vuelta.

—No me invites a un café a no ser que sea para desayunar.

—Sólo quería darte las buenas noches.

—Buenas noches —repitió él continuando su camino.

Genie entró en su casa. Luego, se apoyó contra la puerta hasta que oyó el ruido del motor de la moto. Subió las escaleras con piernas temblorosas y, cuando llegó a su dormitorio, encendió la luz.

Miró a su alrededor, viéndola como imaginaba que Alex la vería. Era un dormitorio femenino, lleno de encaje. Miró los pulidos suelos de madera y luego la cama de bronce. A pesar de los cojines, la cama le parecía muy vacía esa noche.

Alex colgó el teléfono con más fuerza de la necesaria. Jesse no estaba en casa.

Su otro socio, Rorke O'Neil, acababa de casarse; por lo tanto, era

más probable que estuviera en casa. Necesitaba hablar con uno de los dos. Alex marcó el número. El teléfono sonó dos veces y, después, una voz femenina, adormilada, Contestó.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal el tiempo por ahí?

— ¿Alex? —dijo Callie—. ¿Sabes qué hora es?

—Alrededor de las once. ¿Está Rorke en casa?

—Sí, está aquí, a mi lado. —Se hizo una breve pausa.

—Será mejor que sea importante, Dalton —dijo Rorke.

Sí, era importante, el beso de Genie le había destrozado su paz interior.

— ¿Alguna vez has besado a una mujer, completamente vestida y en posición vertical y te has marchado sintiéndote como si le hubieras estado haciendo el amor durante horas? —Rorke se echó a reír.

—Sí, me ha pasado.

—Estupendo. Creí que estaba perdiendo la cabeza.

—No estás perdiendo la cabeza, amigo, pero estás a punto de perder la libertad.

— ¿La libertad?

—Sólo me ha pasado eso con una mujer, Alex.

«¡Oh, no! ». Se le hizo un nudo en el estómago.

— ¿Con Callie?

—Exactamente. Y con ninguna otra.

Alex recuperó la compostura. ¿Perder su libertad? De ninguna manera. Tenía que recuperar muchos años perdidos.

—No estoy dispuesto a perder mi libertad.

—En ese caso, te sugiero que no te acerques a esa mujer.

Sería difícil seducir a Genie sin acercarse a ella. La venganza que había planeado iba bien, sabía que ganaría, y no estaba dispuesto a rendirse sólo porque sus besos fueran diferentes a lo que había esperado.

—Gracias por la advertencia. —Rorke volvió a reír.

—Oye, Alex, el matrimonio no está tan mal. Para serte sincero, tiene muchas cosas buenas. —Alex oyó a Callie reír.

—Despídete de Callie por mí y dile que siento haberle despertado.

—No te preocupes, la compensaré.

—Hazlo.

—No te sorprendas si te llama mañana para darte las gracias.

Alex lanzó una carcajada y colgó. Al menos, alguien dormiría esa noche. Rorke estaba más contento desde que se había casado, pero él ya estaba preparado para sentar cabeza desde hacía tiempo. Además, Rorke y Callie se acababan de casar, pero estaban enamorados desde hacía diez años. Alex podía verse a sí mismo casado… pero en diez

años.

Esa noche, el beso de Genie le había tomado por sorpresa; sin embargo, no estaba dispuesto a dejar que amenazase su libertad.

En el descanso para el almuerzo, Genie fue a ver si tenía algún mensaje. Le habían dejado una nota para que llamara a su hermana.

— ¿Qué pasa, Maggie?

—Eso es lo que quiero saber yo. He oído que tú y Alex Dalton salisteis anoche.

—No exactamente.

—Casey me ha dicho que cenasteis juntos en el café.

—Sí, pero no fue una cita ni nada parecido. —Genie le explicó el motivo de la visita a Roseleigh y luego la parada a cenar.

—Casey me ha dicho que estuvisteis haciendo manitas y mirándoos a los ojos.

¿Eso era lo que le había parecido a la gente? ¿Qué estarían pensando? ¿Pensarían que un hombre tan guapo como Alex había perdido la cabeza al fijarse en alguien como ella?

— ¿Ha pasado la noche contigo?

— ¡Maggie!

— ¿Te ha besado por lo menos?

Genie lanzó un suspiro. Era inútil mentir. Lo más seguro era que algún vecino les hubiera visto besándose.

—Sí, se despidió con un beso.

— ¡Guau!

— ¿Es todo lo que querías saber? Si es así, me gustaría comer algo antes de que se me acabe el recreo.

—Por ahora. Pero, más tarde, quiero un informe completo.

Genie lanzó un gruñido al colgar. Prefería hacer cualquier cosa a contarle a Maggie lo del beso de Alex. En realidad, lo que más quería era una segunda ronda de besos.

Alex trató de mantenerse ocupado para no pensar en Genie. Como tenía su ordenador portátil, un teléfono celular y un fax, pasó la mayor parte del día trabajando.

Después de la cena, Grandee se fue a jugar al bridge con unas amigas. Alex se quedó pensando qué hacer cuando su primo Donny le llamó para invitarlo a jugar al billar en Dixie Lounge.

De jóvenes, Donny nunca había querido salir con él; de hecho, fue su primo el primero en llamarle «gafotas». Sin embargo, si no hacía algo que le mantuviera ocupado, acabaría llamando a Genie para pedirle que saliera con él. Y si ella consentía, sabía que volvería a besarla. Y si la besaba y resultaba ser como la noche anterior, podría ocurrir que continuase hasta tenerla desnuda bajo su cuerpo. Era

demasiado rápido… tenía que hacerla esperar más.

Condujo su moto despacio por el pueblo y luego, más allá, hasta llegar a Dixie. Había pasado por allí muchas veces, pero nunca había entrado. Era un establecimiento típico de un pueblo pequeño: un bar que servía cerveza y refrescos, tres mesas de billar muy usadas, unas cuantas mesas redondas, una máquina de música con sólo discos de country y una pista de baile al fondo.

— ¡Alex!

Se volvió y vio a Donny llamándole desde la mesa de billar que había en el centro. Todos parecían contentos de verlo y le hicieron preguntas sobre Yankee Motorworks y la moto con la que había ido a Wiley. Consiguió no pensar en Genie y pasarlo bien después de ganar unas cuantas partidas. Fue entonces cuando Alex se fijó en un hombre que, desde la barra, le observaba mientras bebía cerveza. No le costó mucho ponerle nombre a su rostro: Kenny Tucker, el hermano menor de Will.

Después de terminar su cerveza, Kenny se acercó a Alex. Una vez que estuvieron juntos, Alex se dio cuenta de lo bajo que era; Kenny apenas le llegaba al hombro.

—He oído que tú y Genie Hill salisteis anoche.

—Exacto.

—No te lo aconsejo, es la chica de Will.

—Y yo he oído que han roto.

—Sí, pero sólo temporalmente. Will acabará viniendo a vivir aquí algún día y volverán a estar juntos.

— ¿Quién te lo ha dicho?

—Me lo dijo el mismo Will la última vez que vino.

Alex se preguntó si alguien habría llamado a Will para contarle lo de la noche anterior.

— ¿Y cuándo fue eso?

—Hace un mes más o menos

—Pues parece que no se molestó en decírselo a Genie. Ella tiene la impresión de que su relación ha terminado.

—No importa lo que ella crea. Todos sabemos que Genie no está libre para nadie. Y si sabes lo que te conviene, chico de ciudad, será mejor que te apartes de ella.

Alex no sabía si echarse a reír o tomar a Kenny por el cuello y decirle exactamente lo que pensaba de su consejo.

— ¿Es una amenaza?

—No, es una promesa.

— ¿Y qué me vas a hacer si salgo con Genie? ¿Reunir a tus amigos, esconderos detrás de un árbol y tirarme globos de agua?

—Digamos que podríamos… arreglarte la nariz. —La risa de Donny distrajo la atención de Alex, que se volvió para mirar a su primo.

—Vas a necesitar una escalera para llegarle a la nariz, Kenny —dijo Donny.

Alex volvió a mirar al hombre que tenía delante. ¿Había crecido mucho más que él después de dejar el instituto o siempre había sido mucho más alto? Los chicos que habían conseguido hacer un infierno de sus vacaciones, ¿le habían parecido más altos y más fuertes de lo que en realidad eran?

—En tanto no lleve un anillo en el dedo, en mi opinión, Genie Hill puede salir con cualquier hombre que le venga en gana. Y, en estos momentos, ese hombre soy yo. —¿Quién demonios se creía Will Tucker que era? Le demostraría a Will quién era él.

— ¿Es su cumpleaños, señorita Hill? —le preguntaron varios alumnos.

—No.

Genie iba a preguntar por qué, pero cerró la boca al ver al hombre que entraba por la puerta con un enorme ramo de flores.

— ¿Quién las manda? ¿Para quién son?

Genie sospechó que debían ser de Alex. El día anterior lo había pasado esperando que le llamase, pero no lo había hecho. Le preocupaba pensar que el beso no le hubiera parecido tan maravilloso como a ella. Quizá eso mismo le había ocurrido a Will con ella.

Se había entregado a Will con todo el amor de que era capaz. Aparentemente, no había sido suficiente. Will llegó a decirle que, en la cama, le había desilusionado; cosa que a Genie aún le causaba dolor. Sobre todo, porque Will había esperado cuatro años para decírselo. Había esperado a que ella sacrificase su tiempo y su energía en la relación, a que preparase hasta el último detalle de la boda.

Sin embargo, podía haber ocurrido que Will besara a alguien y sintiera lo que ella había sentido la noche anterior con Alex. Quizá, la seguridad y el calor que había sentido con Will al principio no era lo que hacer el amor tenía que ser. Quizá ese fuera el motivo de que Will la hubiera dejado. Quizá ella también debía buscar otro hombre, otra cosa. Tomó la tarjeta que iba con el ramo de flores. Sonrió. Las había enviado Alex.

—Me las ha enviado un amigo, chicos. —Le llevó varios minutos recuperar la compostura y centrarse en las fracciones.

Durante el resto de la jornada, cada vez que veía las flores, pensaba en Alex. No le sorprendió verlo a las puertas de la clase cuando acabó la jornada, pero sí le extrañó que tuviera una manzana y la estuviera lanzando al aire. Alex sonrió y a Genie le dio un vuelco el corazón.

—Hola, señorita Hill. ¿Puedo entrar? —Ella le devolvió la sonrisa.

—Gracias por las flores, Alex. Son preciosas. —Alex se acercó a la mesa y dejó la manzana delante de ella.

—También es para ti. Me ha parecido que podría venirte bien después de pasar el día entero con una clase llena de niños de nueve años.

En realidad, Genie estaba más tranquila con una clase llena de niños de nueve años que con ese hombre.

—Flores y una manzana en el mismo día.

— ¿Y qué tal una sesión de cine?

—Yo… —Genie no le había espantado al fin y al cabo. Reprimió el deseo de echarse a reír y abrazarlo.

—Ya sé que debía habértelo pedido con tiempo; si tienes otros planes, lo comprendo. Aunque preferiría que cancelases el plan que sea.

—No tengo ningún plan.

—Estupendo, iré a recogerte a tu casa a las siete.

La noche anterior no había sido una cita, esta sí. Genie sentía cosquillas en el estómago mientras se arreglaba para salir. Después de una ducha, se dejó el pelo suelto por primera vez en meses. Se puso un poco de maquillaje y de perfume.

Le resultó fácil elegir los pantalones, pero no sabía qué jersey ponerse. Normalmente, se ponía una camisa debajo del jersey o una bufanda si éste era de cuello de pico. Esa noche, sólo se puso una cadena de oro, dejando el escote al descubierto. No tendría frío, Alex le había dicho que iba a tomar el coche de sus abuelos. ¿Qué haría al sentarse a su lado en el coche, fingir que el beso no había tenido lugar? ¿Fingir que sus labios no anhelaban más?

El timbre sonó a las siete en punto. Una vez se encontraron dentro del vehículo, Genie dijo:

—Te resultará extraño sentarte al volante de un coche después de conducir una moto, ¿no?

—Sí, pero me acostumbro enseguida.

— ¿Llevas mucho tiempo conduciendo una moto?

—Comencé cuando me licencié. Cuando Rorke y Jesse me preguntaron si quería unirme a ellos en Yankee, pensé que lo mejor era conocer bien el producto que vendemos.

Alex puso el intermitente para entrar en la gasolinera.

A Genie le sorprendió, el tanque estaba medio lleno. El cine estaba a sólo un kilómetro y medio como mucho. ¿Y si había planeado un largo paseo después? ¿Como al lago? No, eso era ridículo. ¿Por qué iba a llevarla al lago Wiley? Estaría lleno de adolescentes. No le

parecía que había pasado mucho tiempo desde que ella y Will iban al lago. «Deja de pensar en Will. Ya ha acabado. Concéntrate en el hombre que tienes al lado».

Alex. Alex, el hombre que encendía su pasión. Alex, el hombre que pronto se marcharía. Además, él no necesitaba llevarla al lago para seducirla, vivía sola. Podía seducirla en su casa. En ese caso, ¿por qué quería llenar el tanque?

Capítulo 5

Alex se detuvo delante de un tanque de gasolina y apagó el motor. Kenny Tucker se acercó a la ventanilla del conductor. Bajó la cabeza y miró a Genie antes que a Alex.

— ¿Lleno?

—Sí.

Kenny tomó la manguera. Alex extendió un brazo por el respaldo del asiento hasta rozar los hombros de Genie.

— ¿Cómo están Joey y Paul?

—Bien.

Genie le dijo que Paul había creído que Terminator había tomado a Joey y también le contó la conversación que tuvo lugar después. Alex rió, pero Genie sintió que Alex estaba más atento a Kenny que a ella.

—Después, se marcharon a casa —concluyó Genie.

—Unos chicos muy majos —comentó Alex, confirmando las sospechas de Genie.

Los ojos de Alex se clavaron en la ventanilla trasera, luego en la boca de ella. Sin previo aviso, la besó. Genie se olvidó de dónde estaban y de quién les estaba viendo, y le devolvió el beso. Rápidamente, se rindió al calor y la fuerza de aquel ataque. Le rodeó el cuello con los brazos y se inclinó sobre él. Gimió cuando la lengua de Alex se enredó con la suya. Eso era lo que quería desde que su primer beso terminó. Alex la soltó al oír una tos desde fuera del coche. Kenny, furioso, les miraba.

—No me parece que haya merecido la parar para unos cuantos litros. —Alex se sacó la cartera y le pagó.

—Cuando tomo un coche prestado, lo devuelvo siempre con el tanque lleno.

—Ah. Así que vais de vuelta a casa, ¿eh?

—No, vamos a salir. Pero habrás cerrado cuando regresemos. A menos que… ¿A qué hora abres por las mañanas?

Genie sintió la tensión entre los dos hombres pero no sabía a qué se debía. ¿Un ajuste de cuentas de la adolescencia? ¿Habría ocurrido algo desde la llegada de Alex al pueblo? El rostro de Kenny enrojeció.

—Abrimos a las siete —respondió apretando le dientes. Alex asintió y sonrió.

—Lo tendré en cuenta.

Los dos hombres continuaron mirándose con expresiones desafiantes. Genie sospechó que la parada en la gasolinera tenía más

que ver con Kenny que con devolver el coche con el tanque lleno.

Con pesar, tuvo que admitir que el beso, posiblemente, había sido más para que Kenny lo viera que por ella.

En la oscuridad de la sala de cine, Alex estaba más atento a la mujer que se encontraba a su lado que a la película. Genie estaba muy callada desde que salieron de la gasolinera, y tenía certeza de que se debía al beso. La primera vez, la había besado con más delicadeza que en el coche. Había estado tan obcecado con Kenny que parecía que la había besado para ganar una apuesta. ¿Qué demonios le pasaba?

Genie había respondido al beso, pero, al salir de la gasolinera, parecía muy confusa. Desde entonces, no había pronunciado más de una docena de palabras.

Se preguntó si Kenny habría llamado ya a Will, sabía que lo haría. Le encantaría ver la cara de Will cuando se enterase. Su plan de venganza había mejorado al saber que iba a poseer algo que Will Tucker quería, y le encantaba que Kenny estuviera rabioso.

Sí, estaba ajustando viejas cuentas. Dejó de pensar en sus victorias y lo hizo en otros aspectos del beso: la forma como Genie se había derretido en sus brazos, su dulce sabor, su suave gemido al abrir la boca para permitirle la entrada…

No había derecho a que Will le hubiera colgado la señal de «prohibido el paso», negándola la posibilidad de una relación con otro hombre, y negando a otro hombre la posibilidad de tener una experiencia con su sensualidad. Alex esperaba sentar ejemplo para que, a su marcha, otros hombres se atrevieran a invitarla a salir. Sin embargo, ningún hombre que no se había atrevido a contradecir a Will Tucker se la merecía.

— ¿Te apetece que vayamos a algún sitio a tomar un café o una copa? —preguntó Alex.

—No, gracias. Mañana tengo que trabajar.

Genie no quería de ninguna manera seguir con él. No sabía qué haría al llegar a casa, si echarse a llorar o empezar a romper cosas.

El trayecto de vuelta a casa fue muy silencioso. Alex parecía preocupado y Genie sólo quería poner fin a aquella situación.

Cuando llegaron, Alex paró el coche y se volvió para mirarla.

—Genie, ¿tienes acompañante para la fiesta de cumpleaños de Grandee?

—No, voy a ir sola. —Alex alzó una mano y le apartó un mechón de cabello del hombro.

— ¿Te apetecería que fuéramos juntos?

—No, gracias.

Genie se dispuso a salir del coche. Alex la detuvo.

— ¿No tienes acompañante, pero no quieres ir conmigo?

—Exactamente. ¿Te resulta tan difícil creer que una mujer te rechace?

—Al menos, ¿te importaría decirme por qué? —Genie respiró profundamente antes de contestar. Tenía que salvar su orgullo.

—No sé exactamente qué esperabas conseguir con la escena de la gasolinera, pero no me gusta que se me utilice. Y no permitiré que vuelva a ocurrir.

Al día siguiente, mientras se preparaba para ir al trabajo, Genie decidió dejarse el pelo suelto. Para animarse después del incidente de la noche anterior, buscó en uno de sus cajones y sacó un colorido pañuelo de seda en tonos rojos y naranjas para ponerse con un jersey marrón. Era sólo un pequeño detalle, pero cambiaba su imagen por completo.

Durante todo el día, sus compañeros de trabajo comentaron lo guapa que estaba, aunque lo único que había hecho era cambiarse el peinado y añadir un poco de color a su vestimenta. ¿Que ocurriría si cambiaba por completo su estilo? Tendría que considerar esa posibilidad.

De camino a casa, Genie se paró en la tienda de comestibles más cercana a su casa.

—Estás muy guapa hoy, Eugenia —le dijo el encargado. Ella le sonrió.

—Gracias, Sam.

Mientras miraba los precios de las latas de tomate, dos fuertes brazos le rodearon la cintura por la espalda.

—Sam tiene toda la razón, estás muy guapa hoy, señorita Eugenia —dijo Alex.

Genie deseó volverse, apretarse contra él y besarlo. Pero en esta ocasión, no se atrevió a darse el gusto. Suponía que Alex esperaba que se apartase de él indignada, pero tampoco hizo eso. Se quedó muy quieta y luego, despacio, tomó dos botes de tomate. A continuación, se volvió y los metió en el carro de la compra. Reprimiendo el magnetismo que sentía, le miró y dijo:

—Lo siguiente en la lista es un paquete de espagueti. La pasta está al final del pasillo. ¿Empezamos a andar cuando cuente tres o me sueltas ya?

—A Sam le has dado las gracias por el cumplido y le has sonreído.

—Sam ha sido sincero.

— ¿Y yo no?

— ¿Lo has sido?

—Sí. Estás muy guapa hoy —Alex la soltó y le acarició los cabellos —. Me gusta cuando llevas el pelo suelto.

—Gracias, Alex —consiguió responder.

— ¿Y cuando sonríes?

—Estás presionando demasiado. —Él se echó a reír.

— ¿Te han dicho ya que te pones muy guapa cuando te enfadas?

—No —Genie comenzó a empujar el carrito y Alex la siguió—. ¿Has venido a la tienda sólo para enfadar a los clientes de Sam?

—No, he venido porque Grandee me ha mandado que compre avena para hacer pastas.

Las pastas de avena de Grandee eran famosas en Wiley, habían ganado varios premios en las ferias de la región.

—La avena está en otro pasillo, en el tres —sin pararse, Genie tomó un paquete de espagueti y continuó.

—La tomaré cuando lleguemos allí.

— ¿Los dos?

—Sí. Voy a hacerte compañía mientras compras.

Genie miró los contenidos del carrito. Ya tenía todos los ingredientes para la cena de esa noche, para el desayuno del día siguiente y para la salsa de espagueti que pensaba preparar por la mañana antes de marcharse al trabajo. El resto de la lista podía esperar hasta el día siguiente después del trabajo.

—Lo siento, pero ya he acabado. —Genie esperaba que protestase o que le pidiera que le esperase. Sin embargo, Alex se limitó a encogerse de hombros.

—Está bien. En ese caso, hasta la vista. —Al momento, Alex se alejó.

Genie se dijo a sí misma que se alegraba de que se hubiera dado por vencido con tanta facilidad; pero si era honesta consigo misma, tenía que admitir que estaba disgustada.

Genie centró la atención en los artículos de decoración para la fiesta de Grandee con intención de no pensar en Alex.

Sin embargo, él se lo estaba poniendo difícil. El viernes volvió a enviarle flores a la escuela. Esperaba verlo a la salida, pero se lo encontró cuando se disponía a salir para ir a cenar a casa de sus padres.

Alex subió los escalones del porche.

— ¿Vas a salir?

—Sí. Siento que hayas hecho el viaje inútilmente. Deberías haber llamado primero.

— ¿No puedes cancelarlo?

Podía. El plan era ver películas que habían filmado cuando ella y su

hermana eran pequeñas. Podía verlas en cualquier otro momento. Pero el orgullo se lo impidió. Alex tendría que ajustar cuentas con Kenny o cualquier otro sin su ayuda. Se negaba a que volviera a utilizarla.

Will la había utilizado también durante su estancia en la universidad; mientras él guardaba sus energías para el rugby, ella le limpiaba la casa y cocinaba. No estaba dispuesta a caer en la misma trampa.

—No, no puedo.

— ¿A qué hora vas a volver?

—No lo sé.

— ¿Una cita interesante? ¿No podría haberte venido él a recoger?

—No es asunto tuyo adonde voy ni con quién. —Alex se acercó a ella hasta que Genie, para mirarlo, tuvo que alzar la cabeza.

—Iba a invitarte a que vinieras a casa para tomar unas pastas de avena.

¿Había ido para invitarla a casa de su bisabuela? ¿Qué se traía entre manos?

—Lo siento. —Sacó las llaves del coche del bolso y se dirigió a su coche. Alex la siguió.

—Como me has ayudado a encontrar la avena, pensé que era justo invitarte a unas pastas. —Se detuvo delante de la puerta del vehículo.

—No es necesario que me lo agradezcas.

Alex le rodeó la cintura y la obligó a darse la vuelta. Antes de que Genie pudiera protestar, la tenía en sus brazos y la besó.

La pasión se encendió inmediatamente y Genie le devolvió el beso, no pensando en otra cosa que no fuese la maravillosa sensación que su cuerpo experimentó.

Cuando, por fin, Alex se apartó de ella, a Genie ya no le importaban las películas, ni las pastas de avena ni su orgullo. Lo único que quería era a Alex en su dormitorio.

Despacio, abrió los ojos y lo miró.

—Como ya te he dicho, llámame si vuelves pronto a casa. O, aunque no vuelvas pronto, llámame si quieres.

— ¿Si quiero?

—Sí, si quieres unas pastas de avena —respondió él sonriendo—. ¿A qué creías que me refería?

Alex fue a casa de su bisabuela. Estaba casi seguro de que Genie no le llamaría, pero no le apetecía salir.

Donny le había invitado a Dixie otra vez, Grandee le había invitado a ir con ella a jugar al bingo y sus padres le habían llamado para preguntarle si quería ir al cine. Pero Alex rechazó todas las

invitaciones.

Se sentó en el sofá con un vaso de leche y un plato de pastas, y encendió la televisión. Nada consiguió despertar su interés. «¿A quién estás tratando de engañar?». Lo único que le interesaba en esos momentos era Genie. Cada vez que la veía parecía menos una maestra de pueblo, aunque seguía comportándose como tal.

Excepto cuando estaba en sus brazos. Entonces, era todo calor, pasión y feminidad. Pero cuando el beso terminó, volvió a adoptar una actitud fría y distante.

Iba a marcharse en unos días, le quedaba poco tiempo. Incluso en el caso de no conseguir llevársela a la cama antes de marcharse, estaba seguro de que sus besos dejarían huella en ella.

Genie volvió a su casa tarde a propósito. Después de una ducha, se puso el pijama y se metió en la cama. En vez de dormir, comenzó a dar vueltas y a pensar en Alex. Soñó con que él satisfacía su pasión. Quería que así fuese. Ningún hombre había mostrado interés en ella después de su regreso a Wiley. ¿Acaso era Alex su última oportunidad? Pero… ¿por qué? La pregunta la preocupaba. Por fin, consiguió dormirse, aunque fue un sueño ligero e inquieto.

Al día siguiente, tuvo que tomar varias tazas de café para mantenerse despierta.

A primeras horas de la tarde, el comité que se encargaba de los adornos de la fiesta se reunió en su casa y, entre todas, llevaron los adornos a Roseleigh. Cuando llegaron, encontraron ya puestas todas las mesas y las sillas. Zeke Conroy y un grupo de Voluntarios estaban dando los últimos toques al estrado levantado para el grupo de música.

—Genie, ¿con qué empezamos? —le preguntó Annabelle Foster. Genie sacó sus notas y puso a todo el mundo a trabajar.

Estaban a mitad de sus tareas cuando una de las puertas que daban al pasillo se abrió y entró Esther Dalton, la abuela de Alex. Detrás de ella, entro Alex, con una caja muy grande que dejó en una mesa que había junto a una pared. Genie volvió a su trabajo con la esperanza de pasar desapercibida.

—Ven, mira esto, Genie —le gritó su hermana Maggie. Genie se volvió y vio a Maggie al lado de Esther y, desgraciadamente, también estaba Alex.

—Lo veré más tarde. Quiero acabar con estas tarjetas.

Annabelle, Casey y la señora Hill se acercaron a Maggie, y Genie lanzó un suspiro de alivio. Iría a ver qué era cuando Alex se marchara. Pero cuando Alex se apartó de la mesa, se acercó a ella.

—Los adornos son muy bonitos. —Genie mantuvo los ojos en las

tarjetas.

—Gracias. Mañana van a traer las flores y los globos.

—Bueno, ¿qué tal te van las cosas?

—Bien. ¿Y a ti?

—Lo mismo. ¿Lo pasaste bien anoche?

—Sí. ¿Y tú?

—Las pastas estaban buenísimas. —Genie le miró y se arrepintió de haberlo hecho. Era demasiado guapo.

— ¿Qué es lo que les ha alborotado tanto? —preguntó Genie mirando al grupo donde estaba su hermana. Alex se metió las manos en los bolsillos.

—La abuela ha hecho unos cuadernos con recortes, fotografías y comentarios sobre la vida de Grandee.

—Una idea estupenda. Iré a verlos cuando acabe con esto.

—Cuando termines, ¿te apetecería que fuéramos a algún sitio a tomar un café?

—Lo siento, pero no puedo. Mi madre, mi hermana y Annabelle han venido conmigo en el coche.

—Mi abuela podría llevarlas de vuelta al pueblo.

—No, gracias.

—Genie, me gustaría hablar de lo que pasó la otra noche.

—Prefiero que no. —Alex sonrió.

—Por favor.

Genie reprimió las ganas de devolverle la sonrisa. Era difícil negarse a su sonrisa, y más todavía al hoyuelo de su mejilla.

—Por lo que a mí respecta, no hay nada de qué hablar.

—No estoy de acuerdo. —Genie tomó una silla y se sentó.

—Está bien, hablemos entonces. —Alex lanzó una fugaz mirada a la mesa donde las mujeres estaban viendo los cuadernos.

— ¿Quieres que hablemos aquí?

Genie también miró en esa dirección. Las mujeres parecían absortas, pero vio que Maggie, Annabelle, Casey y Esther lanzaban miradas fugaces en su dirección. Genie se puso en pie y dejó la silla en su sitio.

—Tienes razón, pero no podemos ir por ahí a tomar un café. Esto no es Nueva York. Cuando acabemos aquí, los únicos sitios que estarán abiertos serán Dixie Lounge y la bolera.

—Podríamos ir a tu casa.

—Eso es lo que tú quieres, ¿verdad? Que te invite a mi casa. —También era lo que ella quería, pero no se atrevía.

—Y querrás café para desayunar, ¿verdad? Pues déjame que te diga una cosa, señor Dalton, no quiero ni una sensual sonrisa, ni un mortal

hoyuelo y ni un beso más.

—Tengo otro hoyuelo que me encantaría enseñarte. —Las mejillas de Genie se encendieron.

—Justo lo que imaginaba…

—Lo que imaginabas es que tenía un hoyuelo en…

— ¡Alex! —Alex alzó las manos en son de paz.

—Genie, lo único que quiero es hablar. Te lo prometo.

—De acuerdo. Estaré en casa a las diez. Ya sabes mi número de teléfono.

Capítulo 6

Genie, irritada, miró el teléfono. No quería hablar con Alex, pero esperar a que le llamara la estaba poniendo nerviosa. Por fin, sonó. Con un suspiro de alivio, descolgó el auricular. Después de saludarse, Alex dijo:

—Ángel, siento mucho lo de la otra noche.

—Está bien.

— ¿Está bien?

—Que está bien, que acepto tus disculpas.

—O sea, ¿que llevas jugando al ratón y al gato conmigo dos días y ahora aceptas mis disculpas sin más? ¿Así, sin pedir una explicación?

— ¿Hay algo que explicar?

—Admito que paré en la gasolinera para que Kenny nos viese juntos, pero no tenía planeado besarte. Sin embargo, cuando le vi tan rabioso, me comporté impulsivamente con el fin de dejar claras las cosas.

Genie no sabía lo que Alex quería dejar claro, por eso se lo preguntó.

— ¿Y qué es lo que querías dejar claro?

—Que no eres propiedad de Will Tucker, que eres una mujer libre e independiente.

—Si soy tan libre y tan independiente, ¿por qué creías que necesitaba tu ayuda? Créeme, no hay una sola persona en este pueblo que no sepa que Will me ha dejado plantada —la voz le tembló—. Y no necesitan que se les recuerde. A mí me encantaría que se olvidaran de este asunto.

—Tranquilízate, Genie. No te he llamado para disgustarte.

—Perdona que me disguste descubrir que sólo me besaste para dejar las cosas claras delante de Kenny. Debería haberme dado cuenta de que, de ninguna manera, podía gustarte.

Ella le dejaba frío, mientras que ella, con solo verlo, enfebrecía.

—Un momento, ángel. ¿En serio no crees que me gustas? No olvides que no fue esa noche la primera vez que te he besado. Escucha, este asunto se debe a que la noche anterior a cuando fuimos a la gasolinera, Kenny y yo coincidimos y…

¿Confiaba en que Alex le dijera la verdad? Había tenido tiempo de sobra para encontrar una excusa. Incluso en el caso de que le dijera la verdad, volvería al punto de partida.

— ¿De qué sirve seguir hablando de este desastre?

—Admito que no me comporté como un caballero, ¿pero desastre?

¿No te parece que estás exagerando un poco?

—A quien le han machacado el amor propio es a mí, no a ti. —Se hizo una pausa antes de que Alex volviera a hablar.

—Créeme, sé perfectamente lo que es que a uno le machaquen el amor propio. Por eso quería disculparme contigo. Y ahora, ya que lo he hecho, buenas noches.

Genie no tuvo tiempo de responder, Alex colgó el teléfono. ¿Quién había herido el amor propio de Alex? De repente, la imagen de un chico sentado sólo en la biblioteca, o solo en el parque, le vino a la mente. Sí, Alex sabía lo que era eso. Sabía el dolor que otras personas podían infligir. De nuevo, deseó haber sido más amable con él años atrás. Se sentía culpable y avergonzada por la forma como le había tratado.

Alex colgó el teléfono y bajó al piso bajo. Grandee y otros miembros de la familia estaban terminando de comer las pastas de avena. Los adultos bebían café; los pequeños, leche. En el pasado, Alex siempre se había sentido marginado en esas reuniones familiares. Ya no. No quería darle vueltas, pero no podía evitar pensar en lo feliz que habría sido su infancia si sus primos hubiesen sido más amables con él.

—Cinco minutos más y no habrías probado una sola pasta —dijo Donny.

—Alex es el que más pastas ha comido, estaba aquí cuando salieron del horno —respondió Grandee.

Hubo más bromas y, después, la conversación se centró en otros temas más serios. El grupo comenzó a disminuir cuando empezaron a irse a sus casas. Los padres de Alex fueron los últimos en marcharse, habían venido de California para la fiesta y estaban hospedados en casa de los padres de Donny. Pronto, Alex y Grandee se quedaron solos.

—Supongo que tenemos que irnos a la cama también. Mañana es el gran día —dijo Alex—. Entre el desfile y la fiesta, va a ser un día muy ajetreado. —Grandee parecía pensativa.

—No me siento una mujer de cien años.

—No aparentas más de veintinueve.

— ¡Adulador! —Alex se echó a reír.

—Está bien, no aparentas cien años. —Grandee lanzó un suspiro.

—Todavía no me siento una persona adulta. Soy la persona más vieja en muchos kilómetros a la redonda, ¿por qué no me siento una mujer sabia y madura?

—Quizá deberías reunirte con unos cuantos centenarios para comparar notas.

—Prefiero comparar notas con un hombre atractivo de ochenta. —Alex volvió a echarse a reír.

—Hablando de hombres atractivos, Rorke y Jesse van a venir a la fiesta, ¿verdad?

Grandee había conocido a los socios de Alex cuando éste la había llevado a visitar Nueva York. Sus socios llegarían por la mañana en el avión privado de la compañía.

—Sí, van a venir.

—Estupendo. ¿Rorke va a traer a su esposa?

—Creo que sí.

—Su bisabuela debe estar muy contenta de que ya haya sentado la cabeza.

—Creo que la bisabuela de Rorke no vive ya.

—En ese caso, esté donde esté, no me cabe duda de que estará muy feliz y esperando a ver a los hijos de su bisnieto.

—Grandee, tú tienes muchos de esos ya. Tú misma has dicho que ya no sabes ni cuántos ni qué hacen.

—Te prometo que no se me olvidarán los nombres de tus hijos. Estoy segura de que serán clavados a tu bisabuelo —Grandee lanzó un suspiro.

—Grandee, cuando me case, si tengo una hija, se llamará como tú. ¿Qué te parece?

—Espero vivir para verla. —Alex puso un brazo sobre los hombros de su bisabuela.

—Yo también lo espero.

Genie todavía se sentía culpable cuando se despertó a la mañana siguiente. Se esmeró al arreglarse, pensando que podría encontrarse con Alex durante el desfile. Suponía que era ella quien debía disculparse ahora. Cuando estuvo lista, fue a casa de sus padres. Iban a desayunar juntos y luego a la iglesia antes de ir al desfile; lo verían desde la tienda de su padre.

Era un buen sitio para presenciar el desfile, justo al otro lado de la calle de donde se había levantado la tribuna de honor. También habría un gran número de periodistas y fotógrafos. Compró palomitas de maíz a sus sobrinos, saludó a los alumnos que pasaron por su lado y consiguió animarse.

La guardia de honor de los Boy Scouts pasó primero. Los gritos y los aplausos de las gentes los acompañaron, y casi consiguieron acallar el ruido del motor de una moto, pero no del todo. Había más de una moto en el pueblo, pero Genie sabía instintivamente que ésa era la de Alex. Y tenía razón.

Verlo con los pantalones y la chaqueta de cuero casi le dejó sin

sentido. Estaba lo suficientemente guapo como para que le aplaudieran, pero el centro de atención de la gente era la pequeña figura enfundada en cuero que iba sentada con él en la moto y saludaba a la multitud y les lanzaba besos. Grandee.

Alex paró la moto delante de la tribuna de honor. El sheriff Zeke Conroy ayudó a Grandee a bajar de la moto; luego, la condujo hasta su asiento. Tras el breve discurso de Wiley, el alcalde, a Grandee le dieron la llave de la ciudad y el desfile continuó.

Hubo muchos aplausos y saludos mientras rostros familiares desfilaban por la calle principal del pueblo; pero, de repente, los gritos y aplausos aumentaron hasta llegar al mismo volumen que los que habían recibido a Grandee. ¿Quién podría ser la causa de semejante conmoción? Se preguntó Genie. Su pregunta obtuvo respuesta cuando oyó a alguien gritar:

— ¡Willie! ¡Eh, Willie!

Will estaba allí. Los fotógrafos y gente de la prensa avanzaron. Cuando, por fin, Genie vio el coche, también vio a Will y a su acompañante. Los dos posaron y sonrieron para las cámaras y saludaron a la multitud. Era doloroso verlo por televisión; pero allí, con otra mujer, era más de lo que Genie pudo soportar. Discretamente, fue alejándose. Escapó.

Alex vio a Genie tan pronto como ocupó su asiento en la tribuna de honor. Al verla, sintió un familiar cosquilleo en el estómago. La maestra de pueblo se había convertido en una deslumbrante morena en cuestión de días. Ahora, más que nunca, quería llevársela a la cama. Aplausos y gritos atrajeron su atención.

Habían pasado años, pero reconoció a Will Tucker inmediatamente. Tras una rápida mirada a la rubia que lo acompañaba, Alex, con los ojos, buscó a Genie entre la gente. La vio darse la vuelta y alejarse. Sin pensarlo dos veces, Alex le dijo a su padre que le dijera a Grandee que la vería en la casa. Al momento, se fue a buscar a Genie. Cuando por fin llegó al lugar donde la había visto doblar la esquina, Genie ya no estaba.

Genie sollozaba arrodillada delante de un baúl, a los pies de la cama. Había sábanas bordadas por el suelo, las que estaban encima del vestido de novia. Sacó el vestido y lo acarició. Tomándolo, se puso de pie lentamente, se quitó los zapatos y se echó con él encima de la cama. Oyó el timbre de la puerta, pero cerró los ojos, como si así pudiera alejar a la persona que llamaba. Sabía que era Maggie, y Maggie no se marcharía aunque ella no le abriera la puerta.

Tal y como había supuesto, Genie oyó que volvían a llamar, una pausa, y luego la puerta al abrirse. Maggie estaba subiendo las

escaleras más despacio que de costumbre. Genie se incorporó hasta quedar sentada encima de la cama y se secó las lágrimas al oír lo pasos acercándose.

—Ya sé lo que me vas a decir, pero… ¡Alex! —Genie se levantó de la cama, dejando allí el vestido.

—Creí que era Maggie. Perdona que no haya abierto. Yo… yo… —Alex le pareció más alto y viril aún. Su traje de cuero era como una segunda piel.

— ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —Genie trató de sonreír, pero los labios le temblaron. Alex se acercó a ella.

—Oh, ángel, ¿le sigues queriendo tanto?

—Sí… —pero de amar a Will, no querría que Alex la acariciase—. No… —Sin embargo, si no le amaba, ¿por qué había, salido corriendo a refugiarse en su casa?

—No lo se —contesto volviendo a romper en llanto. Alex la abrazó y la acunó tiernamente. Cuando vio que una lágrima resbalaba por la chaqueta de Alex, Genie se apartó.

—No quiero mojarte toda la chaqueta.

Alex se la desabrochó y la tiró encima de una silla que había en un rincón de la habitación. «Tranquila, Genie, sólo se ha quitado la chaqueta». Era sólo la chaqueta, pero se la estaba quitando en su dormitorio. No pudo evitar pensar si los pantalones crujirían tanto como la chaqueta al quitárselos. De nuevo, Alex la abrazó y a ella se le quitaron las ganas de llorar por completo. El calor del cuerpo de Alex la embriagó. Se apretó contra él y se deleitó en la sensación que aquellos masculinos brazos le produjeron. El le acarició la espalda con movimientos circulares y Genie deseó pasar así el resto de su vida.

—No sabías que Will iba a venir, ¿verdad?

—No —respondió ella contra su pecho.

Alex le acarició el cabello y luego puso la mano en la nuca de Genie. Ella se estremeció de placer y lanzó un gemido. Sintió la presión de la mano de Alex aumentar, instándola a que alzase el rostro, pero sus músculos se negaron a moverse. Alex le tomó la barbilla y le levantó la cara.

—No es el único hombre en el mundo.

—Lo sé.

—Dale una oportunidad a otro.

— ¿A ti?

—Por ejemplo.

Alex le cubrió los labios con los suyos. A Genie, le pareció que la tierra se abría a sus pies. Se aferró a los hombros de él para mantener

el equilibrio. Luego, poco a poco, le puso las manos en el pecho y se lo acarició. El beso se intensificó, se hizo apasionado, enfebrecido. Impaciente, Genie le sacó la camiseta de los pantalones y, a continuación, deslizó las manos por debajo. Le tocó el vello del pecho en un movimiento ascendente.

Alex gimió y la imitó, hasta tocarle la piel desnuda. Genie nunca había sentido nada parecido. Las caricias de Alex eran tiernas, casi reverentes, mientras la tocaba hasta llegar al encaje del sujetador. Alex interrumpió el beso y echó la cabeza atrás para mirarla mientras jugueteaba con los pezones. Ella suspiró, se puso de puntillas y reclamó su boca. El beso fue breve. Al momento, Alex se apartó de ella para quitarle el jersey, le siguieron la camisa y el sujetador. La miró intensamente.

—Preciosa —murmuró Alex cubriéndole los pechos con las manos.

Genie podría haber dicho lo mismo de él, si le hubiera sido posible hablar. El bronceado pecho de Alex estaba salpicado de vello rubio que oscurecía en una línea descendente hasta ocultarse debajo de los pantalones. Cuando continuó descendiendo con los ojos, vio la clara evidencia de que Alex la deseaba.

Sintió un profundo placer; sin embargo, no sabía si se debía a que él la deseaba o a que le estaba bajando la cremallera de los pantalones. Genie lanzó un gemido y Alex lo ahogó con sus labios. La estrechó en sus brazos y la acercó a la cama hasta tumbarla. Pero él no la imitó.

— ¡Qué demonios…!

Se agachó y tomó el vestido de novia que Genie había dejado ahí. Genie se sentó en la cama, le quitó el vestido y, con él, se cubrió los pechos desnudos.

—Es mi vestido de novia, el que compré para casarme con Will. —Alex apretó los labios y respiró profundamente.

— ¿Tan a punto estuviste de casarte? —Ella asintió.

—Estaba todo pensado, hasta el último detalle. —Alex continuó con los ojos fijos en el vestido.

—Íbamos a casarnos en Roseliegh… al atardecer. En el salón de fiestas, con rosas de color rosa y rojo y manteles blancos —acarició el vestido—. Desde pequeña, soñaba con casarme allí. —Alex dejó de mirar el vestido para mirarla a ella.

— ¿No te parece que lo más importante es con quién te casas?

—Decidí que quería casarme con Will cuando tenía doce años.

Miró a Alex y, de nuevo, le sorprendió el deseo que le hacía sentir su sola presencia. Pero cuando le miró a los ojos, vio que ya no tenía posibilidad de satisfacer ese deseo. Genie tomó el jersey y, volviéndose de espaldas a él, dejó caer el vestido al suelo y se puso el

jersey sin molestarse en ponerse el sujetador. Luego, se volvió de cara a él.

—Has sido muy amable por venir a ver cómo estaba, te lo agradezco.

—De nada —Alex tomó su camiseta y la chaqueta—. ¿Está mejor ya?

—Sí, estoy bien —mintió ella.

—En ese caso, hasta la tarde.

— ¿Hasta la tarde?

—Sí, claro, en la fiesta de Grandee.

Will iría a la fiesta.

—No voy a ir.

—No puedes faltar a la fiesta de Grandee.

—No podría soportar estar allí sola viéndoles a los dos.

—En ese caso, repito mi invitación. ¿Quieres venir conmigo?

Capítulo 7

Podía ir a la fiesta con aquel hombre impresionante.

—No sé, Alex. No me gustó que me utilizases cuando lo de Kenny y ahora no me parece justo ser yo quien te utilice a ti para devolverle la pelota a Will.

—Hay una gran diferencia entre los dos casos. Yo te he pedido que me dejes ayudarte.

En eso, tenía razón.

—No estoy segura.

—Vamos, di que sí.

Will siempre había sido su prototipo de hombre; sin embargo, al mirar a Alex, tuvo que admitir que éste le resultaba más atractivo.

—Me estás poniendo muy difícil que me niegue.

—Entonces di que sí.

Genie se encogió de hombros y esperó no estar cometiendo un error.

—Está bien. Iré a la fiesta de Grandee contigo.

—Vendré a recogerte a las seis y media.

—De acuerdo.

Alex entró en casa de Grandee pensando que ya iría a recoger la moto más tarde. No quería que le preguntasen dónde había estado. Además, necesitaba tumbarse un rato. Se sentía como si acabase de correr un maratón.

Tumbado, la imagen de Genie le acosó. Había estado a punto de hacerle el amor. Pensó en su piel, en las curvas de su cuerpo. Ella había estado más que dispuesta, pero… fue entonces cuando vio el vestido. «¡Maldita sea mi suerte! ». Él quería hacerle el amor a la reina de la fiesta de graduación quien, junto con sus amigos, se habían creído muy superiores a él. No tenía deseos de aprovecharse de una mujer con el corazón destrozado que lloraba porque su sueño de adolescente se había venido abajo.

Maggie llamó a Genie desde casa de sus padres después del desfile.

—Genie, ¿te encuentras bien?

—Sí.

— ¿Estás sola?

—Sí, estoy sola. ¿Por qué?

—Porque, hace un rato, vi a Alex dejar el desfile y pensé que podía haber ido a tu casa.

—Así es, ha estado aquí.

— ¿Y?

—Y va a volver esta tarde para venir a recogerme para ir a la fiesta de Grandee.

— ¡Creí que se trataba de algo más!

Alex la miró de arriba abajo, y Genie recordó que había visto y tocado casi todo lo que el vestido cubría.

—Preciosa —dijo él en el mismo tono que había empleado horas antes.

Genie se alegraba de haberse puesto un vestido diferente al que, en principio, tenía pensado. Después de rebuscar en el armario, encontró una prenda sumamente seductora que compró hacía tiempo para una cena con Will.

—Tú también estás muy bien. —Alex iba vestido con traje y corbata. Su aspecto era sofisticado, pero sensual. De repente, recordó su pecho desnudo.

— ¿Lista?

«Preferiría que nos quedáramos en mi dormitorio».

—Sí —le siguió afuera y luego cerró la puerta con llave—. ¿Una limusina? —Alex se encogió de hombros.

—Rorke y Jesse han aparecido con ese coche.

— ¿Rorke y Jesse?

—Mis socios de Yankee. Adoran a Grandee y han venido para la fiesta. —Genie había ido en limusina con Will, pero le parecía que habían transcurrido siglos desde entonces.

— ¿Nerviosa? —le preguntó Alex.

— ¿Por conocer a tus socios? ¿Muerden?

—Por encontrarte con Will.

—Creo que me las arreglaré. He tenido unas horas para hacerme a la idea.

Saber que estaba guapa también ayudaba. Dentro del coche, Alex le presentó a Jesse Tyler, Rorke O'Neil y la esposa de éste, Callie. Los dos socios de Alex eran muy guapos. Jesse tenía el cabello castaño y los ojos verde esmeralda. El pelo de Rorke era moreno y sus ojos azules. Callie era una mujer de belleza rubia clásica, a Genie le recordaba a Grace Kelly. Mientras atravesaban el pueblo, Alex hizo de guía turístico para sus amigos.

—Parece un pueblo muy agradable —le dijo Callie a Genie—. Es, más o menos, del mismo tamaño que Harrison, Vermont, donde Rorke y yo vivimos.

—Oh. Creía que vivíais en Nueva York. —Alex fue quien respondió.

—Vivíamos allí todos, pero la compañía se ha expandido y Rorke se ha trasladado a nuestra nueva planta, en Vermont. Jesse está entre Nueva York, Florida y Arizona.

—Ahora que ha salido el tema de la empresa. Mike Maxwell ha vuelto a llamar, Alex — dijo Jesse.

—He recibido su mensaje. Le llamaré mañana cuando vuelva.

«Mañana». La noticia le hizo protestar en silencio. Genie sabía que, durante las largas noches, permanecería en la cama durante horas, despierta, pensando en él. A menos que se quedara a pasar esa noche con ella.

— ¿Por qué no le concedes una entrevista y acabas con el asunto de una vez? —preguntó Rorke.

—Le he ofrecido una entrevista, pero quiere la entrevista y la exclusiva de la identidad de los modelos.

Jesse lanzó una maldición; a continuación, se disculpó ante las mujeres. Genie pensó en el día que Alex le ofreció intentar sacarle la información. Lo habría hecho de saber lo maravillosos que eran sus besos.

— ¿Vais a revelar su identidad? —Alex negó con la cabeza.

— ¿Y quedarnos sin publicidad gratis?

—La publicidad es estupenda, pero… ¿se sabe ya si la campaña publicitaria está haciendo aumentar las ventas? —preguntó Rorke.

—El informe está ya casi terminado. Sin embargo, aunque las ventas no hayan aumentado, todo esto nos ha ayudado a afianzarnos como una compañía sólida.

—Bueno, ya está bien de hablar de negocios —dijo Callie—. Genie, ¿cuánto tiempo llevas viviendo en Wiley?

El resto del trayecto a Roseleigh fue agradable. La conversación y las bromas mantuvieron distraída a Genie, que no pensó en Will hasta que llegaron a su destino. Inmediatamente, se preguntó si él ya estaría allí.

Will desapareció de sus pensamientos cuando Alex le tomó la mano para ayudarla a bajar del coche. Su contacto, le recordó aquella tarde, sus caricias. Le miró a los ojos. Alex sonrió. ¿Sabría lo que estaba pensando? Sus mejillas enrojecieron. Alex sonrió más ampliamente. Sí, claro que lo sabía. De no haber sido por el vestido de novia, habría hecho el amor con Alex. Los besos y las caricias de Alex eran mágicos; quizá, no poder hacer el amor con él estaba condicionando su futuro. Genie no estaba dispuesta a que Will le estropease la tarde. Sonrió a Alex. Él la tomó del brazo y la condujo hasta el interior de la casa.

—Eh, Rorke, esta casa es casi tan grande como la tuya —dijo Jesse cuando entraron en el vestíbulo. Callie rió.

Genie envidió la naturaleza con que la otra mujer se agarraba al brazo de su marido y el amor que se veía escrito en sus rostros cada vez que se miraban. Para no pensar en eso, Genie se preguntó cómo

sería la casa de Alex, donde pasaba los días y las noches… y con qué frecuencia estaba acompañado.

Había ya gente en el salón cuando entraron. Se pararon a saludar a Grandee antes de ocupar su mesa. No fue hasta después de la cena y de que Grandee apagara las velas de cumpleaños cuando a Genie se le ocurrió mirar a ver si veía a Will. Estaba unas mesas más allá de ellos, acompañado de Skip Evans, y la estaba mirando.

Sorprendentemente, Genie no sintió nada. Ni siquiera la presencia de la rubia que lo acompañaba le afectó. Era muy extraño, después de que, hasta hacía muy poco, había creído que Will era el amor de su vida.

Esther Dalton pidió a Alex, Rorke y Jesse que llevaran los regalos de Grandee de donde estaban a la mesa que Grandee ocupaba para que así pudiera abrirlos. Callie movió su silla para poder verlo mejor.

Aprovechando que la atención de los allí presentes estaba centrada en Grandee, Will se acercó y se sentó al lado de Genie.

— ¿Qué tal te va, Genie? —Ella sonrió educadamente.

—Bien, ¿y a ti? —Will encogió los hombros.

—No puedo quejarme.

—Estupendo. —Will apoyó el brazo en el respaldo del asientoGenie, se inclinó sobre ella y bajó la voz.

—Ten cuidado con Alex Dalton.

— ¿Qué?

—Creo que te está utilizando para vengarse de mí. —Genie se echó a reír.

— ¿Qué tiene contra ti?

—Sabes perfectamente que nunca fuimos amigos.

—Que no fuese amigo tuyo no significa que tenga que vengarse de ti.

—Es más que eso. El verano que te estuvo dando clases de matemáticas, los chicos y yo le sorprendimos en el bosque un día. Estaba ensayando para pedirte que salieses con él.

¿Que Alex había estado ensayando para pedirle que saliera con él? Nunca había dado muestras de estar interesado en ella. Más aún, cuando su madre le invitó a su fiesta de cumpleaños, él no apareció.

—Pues no me lo pidió.

—Claro que no. Cuando los chicos y yo acabamos con él, ya no se atrevió.

Genie sintió un nudo en el estómago. ¿Explicaría aquello el extraño comportamiento de Alex en la gasolinera?

— ¿Estaba Kenny ese día?

—Lo más posible, aunque no puedo asegurarlo.

—Gracias por el consejo, Will. De todos modos, me parece que no has tenido en cuenta la posibilidad de que Alex me haya pedido que salga con él porque esté interesado en mí. Al fin y al cabo, antes quería salir conmigo.

—La venganza es algo muy poderoso, Genie. Míralo. ¿Crees que necesita salir con una chica de pueblo que le gustaba cuando era adolescente?

Genie miró hacia el otro extremo de la sala, donde Alex estaba. Sí, Alex era un hombre extraordinariamente atractivo. Pasó la mirada por otras mesas. Muchas mujeres miraban a Alex, aunque Rorke y Jesse también había despertado la curiosidad femenina. La respuesta a la pregunta de Will era obvia.

—Aunque lo que quiera sea vengarse, ¿a ti qué y te importa? —Will apretó la mandíbula.

—Escucha, estoy tratando de ayudarte… —Genie se puso en pie.

—Gracias por el consejo, pero métete en tus asuntos. —Will abrió la boca para hablar, pero Genie se dio media vuelta y se dirigió a los servicios.

Genie salió al pasillo y se dispuso a volver al salón. Un movimiento cerca de la ventana llamó su atención. Tenía miedo de que se tratase de Will y sintió un gran alivio cuando vio a Alex. Sonrió al verlo acercándose a ella. ¿Qué importancia tenía el motivo por el que Alex le había pedido que saliese con él?

—Te he visto hablando con Will. ¿Está todo bien? —preguntó Alex.

—Sí, bien. —Alex la abrazó.

—Me alegro. Sabes que te mereces a alguien mucho mejor. Encontrarás a otro hombre que se merezca ese vestido de novia. Y cuando lo encuentres, te darás cuenta de que ha merecido la pena esperar.

«Sólo si me besa como tú». ¿Tenía posibilidades con Alex?

—Esta tarde me pediste una oportunidad.

—Un momento, ángel. Esta tarde estábamos hablando de algo totalmente diferente.

— ¿Sí?

—Yo, por lo menos, sí.

—Quizá me interese lo que me estabas ofreciendo.

Genie se apretó contra él y lo besó. Alex le devolvió el beso. Muy despacio, la empujó contra la pared y luego se apretó contra ella. Genie lanzó un gemido cuando sintió lo excitado que estaba sexualmente. La deseaba, era evidente. No podía tratarse de sólo una venganza contra Will, como éste había indicado. Alex la dio diminutos besos en la mandíbula y en la garganta.

— ¿Te he dicho ya que estás guapísima con ese vestido?
— ¿Lo dices en serio?
La respuesta de Alex fue un gemido junto a la garganta de Genie. Ella le besó la sien y trató de abrirse paso hasta sus labios; pero Alex, con delicadeza, la evitó, apartándose de ella.
—Lo siento, ángel, pero creo que será mejor que volvamos al salón. Hay demasiadas habitaciones en esta casa y estoy perdiendo el control.
Grandee todavía estaba abriendo sus regalos cuando volvieron, pero era el último lote y Rorke y Jesse ya habían vuelto a su mesa. La copa de Genie estaba vacía y no había ningún camarero a la vista. Así pues, después de dejarla allí, Alex fue a por otra copa para Genie. Cuando volvía, Donny le detuvo.
—Genie parece otra, Alex. Todos han dicho lo mismo. Y Will no os quita ojo.
Alex se encogió de hombros. No le extrañaba que Will la mirase, Genie estaba preciosa. En realidad, lo que realmente deseaba era desaparecer en una de las habitaciones y hacer el amor con ella hasta el día siguiente. Sin embargo, no podía dejar de pensar en aquella tarde, cuando la vio llorando sobre su vestido de novia.
—Al principio, creí que estabas loco por salir con ella, pero admito que tienes buen gusto —continuó Donny. Alex apretó el hombro de su primo.
—Gracias.
Alex sabía que su primo Donny había dicho aquello con toda su buena intención, pero todavía le molestaba que la gente de aquel pueblo diese tanta importancia al aspecto físico de la gente. «¡Cómo si tú fueras diferente!». Pero sí lo era… él había estado en los dos lados.
Cuando Alex fue a por una copa para Genie, Maggie se deslizó en el asiento contiguo al de Genie. Esta le presentó a Jesse, Rorke y Callie. Maggie bajó la voz para que sólo Genie pudiera oírle.
—Bueno, ¿qué tal?
—Bien. —Maggie sonrió.
— ¿Estás con uno de los hombres más guapos del planeta y dices sólo que bien? —Genie asintió.
—Sí.
—Estás guapísima. Ese vestido es mortal.
—Gracias.
—Al principio, ni papá te ha reconocido. —Genie hizo un esfuerzo por no echarse a reír.
— ¿En serio?
—Y papá no es el único. Mucha gente no sabía quién estaba con

Alex hasta que Kenny se dio cuenta de que eras tú y empezó a correr la voz.

—Pobre Kenny.

—He visto a Will hablando contigo. Habría venido, pero me ha parecido que lo has controlado.

—Sí. —Maggie la dio un breve abrazo.

—Estoy orgullosa de ti, Genie. Me dejaste muy preocupada cuando te marchaste del desfile. —Alex llegó a la mesa y Maggie se marchó.

Por fin, Grandee acabó de abrir sus regalos y el grupo de música comenzó a tocar. Alex sacó a Genie a bailar. Bailaron varias canciones y luego Alex, como era de rigor, sacó a bailar a la chica del cumpleaños. Genie vio a Will acercándose a ella, pero cuando él la invitó a bailar, Genie sintió una mano en el codo y una voz masculina dijo:

—Creo que es mi turno, ¿no? —Genie volvió la cabeza y vio que era Jesse.

—Sí, tienes razón. Lo siento, Will. —Jesse la llevó a la pista de baile.

—Gracias por rescatarme. —Jesse sonrió.

—Encantado de servirte. —Jesse bailaba bien y mantuvo una respetable distancia entre los dos.

—Alex me ha dicho que tú y Rorke diseñasteis la primera moto de Yankee Motorworks.

—Sí, pero tener un buen producto es sólo una pequeña parte del éxito de una empresa. No sé qué habríamos hecho sin Alex, es un lince para los negocios.

—Os conocisteis en la universidad, ¿verdad?

—Sí. ¿Y tú, lo conoces desde hace mucho?

—Sí. Venía aquí a pasar los veranos con Grandee, pero yo no le traté hasta el último verano que vino, me estuvo dando clases de matemáticas.

—Hablando de Alex… —Genie siguió la mirada de Jesse y encontró a Alex a su espalda.

— ¿Te importa si bailo con ella?

El resto de la tarde pasó rápidamente y, antes de que Genie se diera cuenta, se estaban preparando para marcharse. Grandee volvió al pueblo con ellos, sentada junto a Alex, ambos tomados de la mano. Cuando el coche entró en la calle donde estaba su casa, la anciana bostezó.

— ¿Lo has pasado bien? —preguntó Alex a su bisabuela.

—Sí. Pero ha sido mucho jaleo, Alex. No quiero que prepares una fiesta tan grande el año que viene.

—Te prometo que no lo haré hasta que cumplas doscientos.

Alex se agachó y besó la cabeza de Grandee. Genie sintió un nudo en la garganta, la ternura de Alex la sobrecogió. Un hombre capaz de semejante ternura tenía que ser un hombre capaz de amar, de casarse y de comprometerse.

La insistencia de Alex respecto a que no estaba interesado más que en una aventura amorosa debía ser sólo respecto a ella. Quizá si quisiera casarse, pero no era ella la elegida. Bueno, tampoco había sido la elegida de Will y había cometido el error de llorar por ello. No estaba dispuesta a equivocarse también con Alex.

El conductor hizo la siguiente parada delante de su casa, lo que le impidió invitar a Alex a que entrase. Después de despedirse de los demás, Alex salió con ella y la acompañó hasta la puerta.

—Gracias por esta tarde, lo he pasado muy bien —dijo ella.

—El placer ha sido mío —Alex se agachó para besarla. Genie se dio cuenta de que era un beso de despedida.

—Cuídate, ángel.

Genie se volcó en el trabajo. Entre las clases su familia, consiguió mantenerse ocupada. Era sólo las largas noches las que le atormentaban con imágenes de Alex. Casi le veía acariciándole los pechos desnudos a la luz de la luna. Trató de hablar de ello con Maggie, pero la respuesta de su hermana había sido presentarle a amigos de su marido del pueblo vecino. Eran hombres agradables, pero ninguno de ellos consiguió acelerarle los latidos del corazón.

—Quizá deberías volar más bajo —le dijo Maggie—. Will y Alex son muy especiales, no es justo que compares a estos hombres con ellos.

—No lo estoy haciendo. —«Al menos, conscientemente»

—Jackson tiene otro primo que…

—No quiero más citas a ciegas, me hace sentirme desesperada por un hombre.

—Genie, fuiste la primera chica del instituto que se echó novio y, ahora, eres la única que sigue soltera.

—Gracias por recordármelo, hermana.

—Bueno, ¿quieres que arregle algo para el sábado?

—No. Es hora de que me enfrente al hecho de que puede que nunca me case.

— ¿Es eso lo que quieres?

—No es lo que quiero, pero creo que tendré que conformarme.

Genie aprovechó la oportunidad que se le presentó de salir de Wiley por unos días. Una de las profesoras iba a asistir a un seminario sobre ordenadores en Boston; sin embargo, debido a problemas familiares, no podía ir y ofrecieron a Genie ocupar su puesto.

Pidió dos días de vacaciones más y, junto con el largo fin de semana del día de Acción de Gracias, se encontró con unas buenas vacaciones. Nunca había estado en Boston y esa ciudad estaba mucho más cerca de Nueva York que Wiley.

Alex abrió la puerta de su casa.

—Sírvete una copa —le dijo a Jesse—, enseguida bajo.

Subió las escaleras y entró en su dormitorio para ponerse una ropa más informal. Su amigo y él iban a ir a una fiesta que daba una artista amiga suya con la que Jesse salía de vez en cuando, cuando estaba en la ciudad. Alex tenía la esperanza de conocer a una mujer nueva y llevársela a casa. Desde su regreso de Wiley, no le apetecía salir con ninguna de las atractivas mujeres que conocía y que estarían encantadas de que él las invitase. No podía borrar de su mente la visión de Genie en la fiesta.

Cuando bajó, se pasó un momento por su estudio para oír los mensajes que le habían dejado en el contestador automático. Hizo varias notas mientras oía los mensajes. La siguiente voz le dejó perplejo:

—Alex, soy Genie Hill. La semana que viene voy a Boston y se me ha ocurrido que podría pasar por Nueva York a hacer unas compras en el camino de vuelta a casa. Si tienes algún día libre, me gustaría verte. Llámame.

—Me estaba preguntando quién de los dos daría el primer paso. —Alex se volvió y vio a Jesse apoyado en el marco de la puerta.

—Has debido dejarla anonadada, Dalton —continuó Jesse.

—No tuve la oportunidad.

—Pues me parece que se te acaba de presentar en bandeja. Y si no quieres aprovecharla, yo ocuparé tu lugar.

Alex lanzó una mirada de advertencia a su amigo. Jesse se encogió de hombros, se dio media vuelta y volvió al cuarto de estar. Alex descolgó el teléfono.

Capítulo 8

Genie estaba acabando de fregar los platos de la cena cuando sonó el teléfono.

— ¿Diga?

—Hola, ángel. He recibido tu mensaje. —Genie sintió un gran placer.

—Alex.

— ¿Qué día llegas a Nueva York?

—Llegaré el martes por la tarde o el miércoles por la mañana. Lo sabré con seguridad cuando vaya a la agencia de viajes y haga las reservas de los vuelos y de los hoteles.

—Puedes quedarte en mi casa.

Quería verlo; sin embargo, ¿estaba dispuesta a padecer la tentación de dormir bajo el mismo techo que él?

—No quiero molestarte.

—No te invitaría si me molestases.

—Me quedaré en Nueva York hasta el domingo. ¿No tienes planes hechos para el día de Acción de Gracias?

—Estoy invitado en casa de un amigo, pero la invitación es para dos. Puedes acompañarme si quieres.

— ¿Estás seguro que…?

—Estoy seguro.

—En ese caso, de acuerdo.

—Una cosa…

— ¿Sí?

—Puedes quedarte en la habitación de invitados. Sin embargo, me parece justo avisarte de que intentaré convencerte para que te quedes en la mía.

—Yo…

—Si prefieres ir a un hotel… —Genie respiró profundamente.

—No, quiero quedarme contigo.

—Contaré los días.

Genie no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos a Alex hasta que le vio en el aeropuerto con un ramo de flores en la mano. No sabía cómo saludarlo. Los dos eran conscientes de la posibilidad de convertirse en amantes durante los próximos días. Cuando ella se acercó, resultó natural que Alex la abrazase.

—Hola, ángel.

—Hola, Alex.

La besó breve, pero profundamente. Sus dudas se disiparon, estaba

contenta de haber ido. Llevaba un corte de pelo nuevo y un traje de moda, al igual que ropa nueva en la maleta. En Boston, había ido de compras durante su tiempo libre. Se sentía una mujer nueva. La mujer que habría sido si Will no la hubiera destrozado.

— ¿No tienes más equipaje? —preguntó Alex.

—No, esto es todo.

—En ese caso, ¿nos vamos?

Después de la limusina a Roseleigh, Genie había esperado algo parecido. Sin embargo, Alex la sorprendió con un Ferrari rojo. Pero cuando le vio maniobrar el coche en medio del tráfico de primeras horas de la tarde, se dio cuenta de lo bien que se ajustaba ese vehículo a su personalidad.

El edificio donde Alex vivía, con pisos de dos plantas, era precioso. En el vestíbulo, espacioso y elegante, el conserje saludó a Alex por su nombre de pila. Una vez que entraron en el piso, Genie trató de no abrir la boca. Estaba decorado con mucho gusto y la vista quitaba la respiración.

—Tu casa es preciosa, Alex.

—Gracias. ¿Qué quieres primero, un tour o cambiarte de ropa o darte una ducha o…? —Genie alzó una mano y se tocó el pelo. Tendría que esperar, todavía no estaba dispuesta a apartarse de Alex.

—Un tour.

En la moderna cocina, Alex llenó un jarrón de agua para las flores y las pusieron encima de la mesa del cuarto para desayunar. A pesar de lo que le dijo por teléfono, cuando Alex le enseñó la habitación de invitados, dejó allí su maleta.

La vuelta por la casa acabó en el dormitorio de él que estaba en el piso superior y tenía una vista maravillosa. Genie trató de fijar su atención en la vista, evitando mirar la cama de matrimonio.

—Bueno, ¿qué quieres ver primero? —preguntó Alex—. ¿El Empire State, la Estatua de la Libertad, Central Park, un museo?

«A ti desnudo».

—Lo que resulte más fácil. Es mi primera visita a Nueva York; por lo tanto, todo es nuevo para mí.

Alex se acercó hasta quedar delante de ella. Luego, le puso las manos a ambos lados de la nuca y, con los pulgares, le alzó la barbilla.

— ¿Vas a dejarme que planee la agenda?

¿Se refería a los paseos por la ciudad o a otra cosa? En cualquier caso, la respuesta era la misma.

—Sí.

—Está bien. En ese caso, tendré que asegurarme de que sea un fin

de semana a recordar.

Una limusina les esperaba cuando salieron del edificio. Genie siempre había tenido ganas de conocer Nueva York, pero su atención se centraba en Alex; en sus ojos azules, su sonrisa, sus dorados cabellos, su increíble cuerpo.

Todo a su alrededor era el típico ajetreo de una gran ciudad; sin embargo, se sentía como en un refugio invisible en el que estaban ella y Alex solos, alejados del resto del mundo. Incluso el conductor, al otro lado del cristal, parecía muy lejano.

Pasaron por lugares muy conocidos, Genie había visto la mayoría de ellos en películas, televisión o postales. Alex la llenó de Historia e información arquitectónica.

—Conoces muy bien esta ciudad.

—He tenido tiempo durante los últimos años.

— ¿Qué es lo que te hizo decidirte por vivir en Nueva York?

—Nuestro principal inversor es la fundación Westbrook. Al principio, querían tenernos bien controlados; por eso, establecieron nuestras oficinas centrales en su edificio. —Cuando pasaron por Broadway, Alex dijo:

—Tengo entradas para el teatro el sábado por la noche.

—Escucha, Alex, no quiero que te sientas obligado a entretenerme todo el fin de semana. Si tienes otros planes, no te preocupes por mí, me las arreglo bien sola.

—Quiero que te diviertas —clavó los ojos en su boca—. ¿Tienes hambre?

«¡Sí, claro que sí!». Pero Alex se refería a comida.

—Un poco. ¿Y tú? —Alex sonrió.

—Me muero de hambre.

Ahora, no sabía si se refería exactamente a comida.

La llevó a un restaurante de lujo. La comida era deliciosa y la compañía maravillosa; no obstante, Genie no pudo comer mucho. Después de la cena, fueron a un bar a oír jazz.

— ¿Cansada, ángel? —Ella volvió la cabeza y le miró. Estaba muy cerca, sólo tenía que moverse un poco para besarlo.

—No. Estoy cómoda. —Alex le rodeó la cintura con los brazos.

—Este asiento es cómodo, pero… ¿no preferirías que nos sentáramos en el sofá de mi casa? Imagina lo maravilloso que sería que nos quitáramos… los zapatos.

Genie imaginó que se quitaban algo más que los zapatos.

—De acuerdo.

En el asiento trasero del coche, Genie se volvió hacia Alex. Tenía pensado darle las gracias por aquella tarde, pero no consiguió

pronunciar palabra. Al verlo allí, bajo la débil luz de las calles de la ciudad, se quedó sin respiración. Y cuando él se volvió para mirarla, vio que sus ojos ardían de pasión. Los latidos de su corazón se aceleraron. Sabía que ese juego era peligroso. Había pensado mucho en las consecuencias de una visita a Nueva York antes de llamar a Alex; ahora, deseó haberlo pensado más.

Alex era el primer hombre que le atraía que no fuese Will. El problema era que corría el peligro de enamorarse locamente de él. Pero en ese momento, lo que más deseaba en el mundo era estar en sus brazos y que la besara hasta hacerla olvidar su propio nombre.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Alex extendió los brazos y la estrechó contra su cuerpo; entonces, le cubrió la boca con la suya y la penetró con la lengua. Genie suspiró cuando sintió la mano de Alex en un pecho, acariciándole los pezones. Sabía a café y a hombre. Se apoyó en él, le rodeó el cuello con los brazos y enredó los dedos en aquellos sedosos cabellos.

Con un ágil movimiento, Alex la levantó hasta sentarla encima suyo. Incómoda al principio, Genie comenzó a apartarse; pero Alex la sujetó hasta que ella sintió el erótico calor de su cuerpo y, pronto, se relajó. No pudo evitar notar hasta qué punto estaba excitado sexualmente. Ella también lo estaba y seguramente, él tenía que haberlo notado. No, no podía ser; para eso, tenía que estar dentro de ella en la fuente de su deseo.

Y ahí era exactamente donde Genie quería que Alex estuviese. Quiso decírselo, pero él seguía besándola. Por fin, tras oírle un gruñido de frustración, Alex apartó la boca de la suya y comenzó a acariciarle un pezón con la lengua, por encima de la blusa. Cuando Alex cesó aquellas caricias, Genie trató de impedírselo. Él se resistió.

—Pronto, ángel.

El coche se paró. Genie se pasó los dedos por el cabello. El botones la ayudó a bajar de la limusina Alex la condujo hasta los ascensores. Dos mujeres jóvenes y atractivas entraron con ellos en el ascensor y las dos saludaron a Alex por su nombre de pila. Genie se dio cuenta de que las dos jóvenes la miraban subrepticiamente. Se preguntó si Alex había salido con alguna de ellas… o con las dos. No sabía nada de él ni de sus relaciones.

Miró su perfil y recordó el aspecto que tenía años atrás. Debería haberse dado cuenta entonces de que aquellos prominentes pómulos y la fuerte mandíbula eran más importantes que las gafas y el acné. Alex se volvió y la sorprendió observándolo. Le guiñó un ojo.

—Alex —dijo una de las dos mujeres—, el otro día te vimos por televisión en la fiesta de tu abuela.

—Mi bisabuela.

—Estaba encantadora sentada en la moto contigo. —Genie volvió a preguntarse si alguna de las dos había montado en la moto con Alex.

— ¿Era, de verdad, la primera vez que iba en moto o ha sido sólo por publicidad? —preguntó la otra joven.

—Es verdad, era la primera vez —respondió Alex.

—También salió Will Tucker. ¿Tuviste la oportunidad de conocerlo? —Genie se puso tensa. No quería ni oír hablar de Will en esos momentos. Alex también se puso tenso.

— Lo conocía de antes.

— Es mi jugador de rugby preferido —comentó la segunda de las mujeres. Las puertas del ascensor se abrieron.

—Hasta luego, Alex. —Genie se alegró de que las puertas volvieran a cerrarse.

—Había oído decir que, en las grandes ciudades, los vecinos casi ni se saludan.

—Yo también lo había oído. Supongo que tengo suerte. —Las puertas del ascensor volvieron a abrirse y Alex la llevó hasta la puerta de su casa.

Una vez dentro, Genie jadeó. En la oscuridad, la vista de la ciudad, de noche, era espectacular. A sus espaldas, Alex la rodeó con sus brazos, estrechándola contra sí. Ella suspiró de placer. Podía ser un peligro acostumbrarse a eso.

— ¿Te apetece ver una película, oír música o prefieres acostarte?

—Me basta con contemplar la vista.

—Es mejor desde el piso de arriba. —Ella se volvió en sus brazos y rió.

—No es un intento de seducción muy sutil, Alex. —Alex le apretó las caderas contra sí.

—Mi cuerpo no está ya para sutilezas.

—Creía que íbamos a sentarnos en el sofá y a quitarnos… los zapatos. —Alex le dio un tierno beso en la sien.

—Hay más espacio en mi cama.

— ¿Cuánto espacio necesitamos?

—También tengo lo necesario para protegerte, contra posibles consecuencias no deseables en el cajón de mi mesilla de noche.

—Ya.

—A menos que quieras que suba a recogerlo y baje. —Genie no quería que se alejase de ella ni un momento.

—No es necesario.

—Además, si vienes conmigo arriba y te portas bien, puede que te deje quitarte algo más que los zapatos.

—Es una oferta muy generosa, señor Dalton.

— ¿Vamos arriba entonces? —Estaba a punto de dar su consentimiento cuando las dudas le asaltaron. Se mordió el labio inferior antes de hablar.

—Es muy tentador, pero… —Alex la soltó y retrocedió un paso.

— ¿Pero? —Genie se acercó a él y le puso una mano en la espalda.

—Tengo miedo, Alex. Nunca he estado con nadie que no fuese Will. —Alex le tomó el rostro y la miró intensamente.

—Tendré cuidado, ángel.

—Lo sé, pero… —Estaba tentada de guardarse sus dudas para sí y dejarle que la llevase al piso de arriba y le hiciese el amor. Quizá el problema no hubiera sido suyo, sino de Will. Sin embargo, era justo que advirtiese Alex. Genie lanzó un suspiro.

—Un día, me preguntaste por qué me dejó Will.

—Sí.

—Bueno, la cuestión es que no soy muy buena… haciendo el amor. —Los ojos de Alex echaron chispas.

— ¿Ese sinvergüenza te dijo eso? —Genie contuvo las lágrimas.

—Me dijo que no valía nada como mujer. —Alex se apartó de ella y cerró las manos en puños. Parecía a punto de romper algo. Genie dio un paso atrás.

—Lo siento, Alex. Deja que vaya a por mi maleta. No te culpo por enfadarte, no quería… —Inmediatamente, Alex se acercó a ella y la estrechó en sus brazos.

—Sssss. No estoy enfadado contigo, sino con Will. Dime, Genie, ¿has dicho que ibas a tomar la maleta porque no quieres hacer el amor o porque crees que vas a desilusionarme?

¿Cómo se le ocurría pensar a Alex que no quería hacer el amor con él?

—Porque tengo miedo de desilusionarte.

—En ese caso, no vas a ir a ninguna parte —Alex le besó la frente —. Quiero que te olvides de Will, y de lo que te haya dicho. Ese tipo es un imbécil.

—Alex, ¿por qué acabamos siempre hablando de Will?

— ¿Porque los dos lo conocemos?

—Estoy harta de que me controle la vida. Soy responsable de que haya sido así hasta ahora pero no estoy dispuesta a que continúe. No quiero oír su nombre durante el resto del fin de semana.

—Yo preferiría que lo habláramos todo antes para que así no nos siga su sombra.

— ¿Qué más hay que decir?

—Ven, sentémonos un momento —Alex la condujo hasta el sofá.

Ella le miró mientras se desabrochaba los zapatos. Alex hizo un esfuerzo por no sonreír, pero se le marcó el hoyuelo.

—Genie, creo que es importante que hablemos.

—De acuerdo.

Genie se acomodó en el sofá. Alex se sentó en el otro extremo, dejando un amplio espacio entre ambos.

— ¿Te ha invitado a salir algún otro hombre desde que volviste a Wiley a vivir?

—No, pero… ¿qué tiene eso que ver con Will?

— ¿Nunca te has preguntado por qué?

—Supongo que porque nadie estaba interesado en salir conmigo.

—Genie, Will les ha dicho que se mantengan apartados de ti. De hecho, les ha dicho que, algún día, volverá y se casará contigo. —Genie se echó a reír.

—Ya. Y ahora me vas a decir que acaban de poner a la venta el puente de Brooklyn.

—Me lo ha dicho Kenny. ¿Te acuerdas del día de la gasolinera? —Genie deseó poder olvidarlo.

—Sí, claro que me acuerdo.

—La razón por la que paré allí fue porque, la noche anterior, Kenny me amenazó. Se había enterado de que te había llevado a cenar y me dijo que no volviera a salir contigo. —A Genie aquello le pareció increíble.

— ¿Que Will tiene pensado volver y casarse conmigo?

—Dudo que piense todo lo que te dijo.

—Si lo pensase, estoy segura de que no querría casarse conmigo.

—Sin embargo, podría haberte dicho todo eso porque sabía cómo ibas a reaccionar. Te manipuló con el fin de que volvieses a Wiley y le esperases.

—Entonces… puede que vuelva y me pida que me case con él.

—Además, sería buena publicidad para él si volviera y se casara con su novia del pueblo.

De repente, a Genie dejó de importarle lo que Will le había dicho o por qué. Lo que quería saber era si Alex pensaba eso mismo.

— ¿Es así como me ves tú, como la chica pueblo? —Los ojos de Alex brillaron de deseo.

—No. Te veo como una mujer que, hasta hace poco, había disimulado que es hermosa y atractiva.

—Me siento hermosa y atractiva cuando estoy contigo… sólo cuando estoy contigo o me estoy arreglando para salir contigo. Me siento viva. Gracias, Alex. —El sonrió.

—Encantado de serte de ayuda, ángel. En fin, puede que al final

acabes siendo la señora Tucker.

— ¿Que te hace pensar que aceptaría si me lo propusiese?

—No hace mucho, te encontré llorando abrazada a un vestido de novia. —Ella asintió.

—Sí, pero creo que fue el principio del final. Todo lo que ha ocurrido me ha ayudado a aceptar que lo que había entre Will y yo ha terminado de verdad.

—Entonces, ¿no aceptarías casarte con él?

—No. Es hora de empezar a vivir mi vida, sin él.

— ¿Estás segura?

—Sí. —Alex se agachó y se tocó un zapato.

— ¿Cómo de segura?

—Completamente segura. —Alex se quitó los zapatos.

Capítulo 9

Dejó los zapatos junto al sofá, tomó la mano de Genie y la llevó al piso de arriba. Encendió las luces del dormitorio y echó las cortinas.

—Será mejor que no demos un espectáculo a nadie. —A continuación, se acercó a la cama y la abrió.

Genie se quedó contemplando las sábanas. Estaban muy estiradas, pero pudo imaginar lo arrugadas que estarían por la mañana, después de hacer el amor y del calor de sus cuerpos. Alex estaba delante de ella, al otro lado de la cama. Extendió los brazos. Muy despacio, Genie rodeó la cama y se acercó a él. Cuando se reunió con Alex, éste le desabrocha la chaqueta y la tiró a los pies del colchón. Muy despacio, Alex le desabrochó los botones de la blusa.

—Solía imaginar que hacía esto, Genie —dijo Alex con voz más ronca que de costumbre y la respiración entrecortada—. Soñaba despierto con desnudarte lentamente y luego introducirme en lo más profundo de tu cuerpo. Era un verdadero tormento para un adolescente.

—Nunca lo imaginé.

—Estaba loco por ti, ángel.

Dejó que la blusa cayera al suelo, a los pies de Genie. A continuación, se quitó la chaqueta y se llevó las manos a la corbata.

—Por las noches, despierto, pensaba en ti. Cuando me dormía, soñaba contigo. Y cuando me despertaba por la mañana…

—Nunca… me dijiste nada.

— ¿Habría servido de algo?

—Yo… —Genie deseó poder contestar afirmativamente, pero los dos sabían que sería una mentira—. No, pero yo me lo perdí.

Genie le sacó la camisa de debajo de los pantalones y se la desabrochó. Juntos, se deshicieron de la camisa y del sujetador, que acabaron en el suelo con el resto de la ropa. Cuando Genie le puso las manos en el cinturón y él en el botón de la cinturilla de los pantalones, Alex se acercó a ella y la besó. Así se despojaron de la ropa que les quedaba.

Genie sintió como si todo le diera vueltas. Cuando sintió las sábanas en su espalda, se dio cuenta de que estaban tumbados. Abrió los ojos, Alex estaba a su lado. Había creído que no había nada mejor en el mundo que estar en sus brazos, pero se había equivocado. La ausencia de ropa la hizo casi enloquecer.

Alex la besó con ternura en la garganta. Ella se arqueó hacia él y luego, rodeándolo con los brazos, le acarició la espalda. Alex la miró

con un intenso deseo. Manteniéndole la mirada, bajó el cuerpo hasta que su rostro se quedó a la altura de los pechos de Genie. Con delicadeza, tomó uno con la mano y el otro con la boca.

—Cuidado con las uñas, ángel. —Genie se dio cuenta de que le estaba clavando las uñas en la espalda.

—Perdona.

Alex siguió descendiendo al tiempo que plantaba diminutos besos en su descenso. Cuando alcanzó el suave monte de Venus, con la boca y con las manos hizo que Genie se sintiera a punto de estallar.

—Alex, date prisa, por favor. No puedo esperar.

—No esperes.

—Pero…

Alex movió la mano y Genie alcanzó el clímax, dejándose caer y caer en un torbellino de placer. Después, mientras se sentía como flotando, Alex reanudó sus caricias. Cuando, por fin, subió la cabeza al nivel de la de Genie, ella ya ardía en deseo por él nuevamente. Alex abrió el cajón de la mesilla de noche y pronto estuvo listo para penetrarla.

—Abre los ojos, Genie.

Genie así lo hizo y observó la expresión de Alex cuando entró en ella. Parecía un conquistador a punto de recibir su recompensa; sin embargo y al mismo tiempo, era un benefactor otorgando un precioso regalo. Continuaron mirándose mientras Alex establecía un ritmo que Genie siguió. Al unísono alcanzaron el éxtasis. Alex extendió la mano y apagó la luz de la lámpara de la mesilla de noche; después, se acomodó, abrazando a Genie.

— ¿Estás cómoda, ángel?

—Mmmmmm.

El ritmo de la respiración de Genie había cambiado, Alex sospechó que estaba a punto de quedarse dormida. Hacer el amor con ella le había conmocionado. Como si la intensa satisfacción sexual fuese poco, ahora sentía una increíble paz y tranquilidad.

Estaba seguro de que las dudas de Genie sobre su capacidad como amante habían desaparecido. No comprendía cómo había podido creer a Will… a menos que Will fuese un amante terrible además de un sinvergüenza. Se sentiría más segura de sí misma la próxima vez que se acostara con alguien. Quizá, recordaría esa noche como un cambio radical en su vida. De repente, sintió un extraño desasosiego. No le gustaba la idea de que otro hombre la tocase y la produjera placer.

«Cuidado, Alex, estás empezando a mostrarte posesivo. No es una buena idea». No era parte del plan… El plan era unas noches más de

placer antes de enviarla de vuelta a su casa. Se encargaría de lo primero y ya se preocuparía de lo segundo cuando llegase el momento.

Genie se despertó lentamente y se quedó muy sorprendida al encontrase sola en la cama. Bostezó y se estiró. ¿Cómo podía Alex estar levantado ya? Habían hecho el amor más veces a lo largo de la noche y ella todavía podía dormir unas horas más. Pero también quería ver a Alex. Ya dormiría cuando volviera a su casa. Cuando volviera a casa. La idea le aterró. «No pienses ahora en eso». Ya tendría tiempo de ello. No podía perder tiempo que iba a pasar con Alex.

Después de una ducha rápida en el cuarto de baño de la habitación, se puso una bata de seda que encontró colgada en un gancho en la puerta.

Encontró a Alex en un sillón de cuero detrás de su escritorio. Tenía el cabello revuelto y barba incipiente. También llevaba unas gafas puestas. Desde el umbral de la puerta, parecía como si es fuese lo único que llevaba encima. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Cuando Alex alzó el rostro y sonrió, se sintió derretir por dentro.

—Buenos días, ángel. ¿Has dormido bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Como un bebé.

Genie se acercó al escritorio. Desde esa posición, vio que Alex llevaba unos pantalones de deporte. De repente, encima de la mesa, vio una serie de fotos de los motoristas del anuncio.

— ¿Estás pensando en revelar su identidad?

—No. El encargado de publicidad ha decidido continuar un poco más con la campaña y hacer nuevas fotos.

Genie tomó una de ellas. El motorista enfundado en cuero azul era el único que tenía una moto también azul; los otros dos, en un segundo plano, tenían motos rojas y blancas. Aunque el rostro del hombre estaba oculto tras el casco, su cuerpo mostraba que era cien por cien varonil.

— ¿Te gusta lo que estás viendo, ángel?

El sonido de la voz de Alex la sobresaltó. Sintió que sus mejillas enrojecían. ¿Cómo podía estar pensando en el hombre de una foto cuando tenía delante de ella, en carne y hueso, un hombre igualmente atractivo?

—Es una buena foto —dijo devolviéndosela a Alex. Él la miró con una ligera sonrisa. Luego, juntó las fotos y las metió en una carpeta.

—Bueno, ¿lista para desayunar?

Prepararon el desayuno, se sentaron a la mesa del cuarto adyacente

y dedicaron más atención a ellos mismos que a la comida. Tras un prolongado beso, Alex dijo:

—Tenemos que dejar sitio para la comida de Acción de Gracias.

—Buena idea. —Alex sonrió. Era una de sus sonrisas sensuales, de las que marcaban su hoyuelo. Genie se lo acarició.

— ¿Sabes? No he visto el otro hoyuelo que me mencionaste.

— ¿No?

—No.

—Puedo arreglarlo.

No consiguieron pasar de la habitación de invitados, y a Genie le sorprendió llegar tan lejos. Por increíble que resultase, sintió aún más placer que la noche anterior. Incluso lo hicieron en la bañera del cuarto de baño de la habitación de Alex antes de vestirse para ir a la fiesta del día de Acción de Gracias.

El amigo de Alex vivía en el edificio contiguo al suyo.

— ¿Cómo le ha sentado a tu familia que no pases este día con ellos? —le preguntó Alex mientras subían en el ascensor. Genie se encogió de hombros.

—No estaban muy felices, pero han comprendido que necesitaba unas vacaciones. Desde mi regreso a Wiley, no he ido más lejos que a Atlanta. Necesitaba un cambio. —«Y necesitaba volverte a ver».

— ¿Y tú familia? —añadió Genie—. ¿No sueles pasar el día de Acción de Gracias con ellos?

—Depende. A veces voy a California a pasarlo con mis padres, otras veces voy a Wiley. Pero como estuvimos todos juntos por el cumpleaños de Grandee, este año decidí quedarme aquí.

Las puertas del ascensor se abrieron y salieron al pasillo. Cuando Alex llamó a la puerta, les abrieron inmediatamente y entraron en otra casa muy bonita. Parecía del mismo tamaño que la de Alex; pero, con tanta gente, no podía estar segura. Siempre que Genie y Will habían asistido a una reunión con mucha gente, él la dejaba sola a los quince minutos de entrar. Alex permaneció a su lado. Le presentó a la gente que conocía, le lanzaba miradas tiernas y parecía feliz de estar con ella. Seguían entrando invitados. Uno de ellos era el socio y amigo de Alex, Jesse.

— ¿Te gusta Nueva York, Genie?

—Sí, mucho.

—Estupendo. ¿Cómo se está portando Alex, es un buen anfitrión? —Genie sintió que las mejillas comenzaban a arder.

—Sí. —Jesse sonrió y sus ojos brillaron como si supiera lo que ocurría.

—Me alegro.

Otra pareja se les acercó y Alex les presentó a Genie mientras Jesse se alejaba. Después de aquello, cada vez que Genie lo veía, estaba con una mujer diferente, todas ellas prestándole suma atención. Se preguntó si lo mismo hacía Alex cuando estaba solo.

Después de servirse la comida, de buffet, encontraron una mesa para dos en un rincón.

—Anoche, se me olvidó preguntarte si querías ir al desfile de Acción de Gracias hoy por la mañana —dijo Alex.

—Seguro que el desfile era estupendo, pero no tengo ninguna queja de lo que he hecho esta mañana. —Intercambiaron una íntima mirada.

—Estupendo.

Después de comer, se mezclaron con los demás durante un rato y luego volvieron a casa de Alex.

Durante los dos días siguientes, hablaron de sitios adonde ir, pero acabaron quedándose en la casa hasta el sábado por la noche, y sólo porque Alex insistió en que un viaje a Nueva York no era completo sin asistir a un teatro de Broadway. El domingo, pasaron lánguidas horas haciendo el amor hasta que a Genie le llegó la hora de hacer el equipaje. Alex, vestido informalmente, con unos pantalones y un jersey, la observó tumbado en la cama.

Genie no quería regresar a casa. Nunca se había sentido tan viva, ten feliz, tan mimada. Alex la hacía sentirse mimada. Mimada y especial. ¿Por qué se había enamorado de un hombre así? De repente, fue cuando se dio cuenta de que estaba locamente enamorada de él. Una vez en el aeropuerto, delante de las puertas de embarque, Alex la besó. Cuando se enderezó y la miró, Genie dijo:

—Te amo, Alex. —No había pensado decírselo, fue algo instintivo. Alex le acarició la mejilla.

—Te prometí un fin de semana para recordar…

Genie no quería oír excusas. Forzando una sonrisa, le interrumpió.

—Y me lo has dado. Gracias. No pido nada más. Sólo quería decirte lo que siento. —Alex frunció el ceño.

— ¿Aunque no te corresponda?

—Sí. Pero no te preocupes por mí, estoy acostumbrada a enamorarme de hombres que no me corresponden —le rodeó el cuello con los brazos y le dio un último beso—. Gracias por el fin de semana.

Genie volvió a su rutina, pero todas las noches tuvo que reprimirse para no descolgar el teléfono y llamar a Alex.

No dejaba de preguntarse si volvería a verlo. ¿Iría a verla la próxima vez que fuera a visitar a Grandee? ¿Sería pronto?

En la escuela, a todos les encantó su nuevo corte de pelo y el cambio de vestuario. Ella y Maggie fueron una tarde de compras y Genie lo aumentó aún más.

El primer sábado después del viaje a Nueva York, Genie se puso a limpiar la casa hasta que todo brilló. Se dio una ducha, se puso un traje de deportes y se sentó en el sofá con un libro y un té. Cuando sonó el teléfono, sospechó que era Maggie para pedirle que se quedara aquella noche a cuidar a sus sobrinos. Pero era Alex.

— ¿Qué tal estás, ángel?

—Estoy bien —al menos, lo intentaba—. ¿Y tú?

—Te echo de menos. —Genie tomó el auricular con ambas manos para evitar que se le cayera.

— ¿Que me echas de menos?

—Sí.

—No sé qué decir.

—Podrías decirme que tú también me hechas de menos —sugirió él.

—Te echo de menos, Alex.

— ¿Qué vamos a hacer entonces?

—No sé qué podemos hacer.

— ¿Qué te parece si voy allí el próximo fin de semana?

Pasar un fin de semana con él en Nueva York clandestinamente era una cosa, pero pasarlo allí, delante de sus vecinos y su familia, era otra muy distinta. A menos que hubiera cambiado de idea y quisiera algo más que una aventura amorosa superficial y breve.

—No lo sé. Los vecinos…

—Escucha, me quedaré en casa de Grandee si crees que sería un problema quedarme en tu casa. Pero quiero verte, ángel.

— ¿Por qué?

—Ya hablaremos cuando vaya.

No se tomaría la molestia de ir a Wiley para decirle que no quería verla más, ¿no?

El martes por la mañana, Alex entró en la oficina y cerró de un portazo. Jesse, vestido con traje, estaba sentado en el sofá. Rorke, con pantalones vaqueros, camiseta y una chaqueta de cuero negro, estaba de pie junto a la ventana, detrás del escritorio.

— ¿De mal humor, Dalton? —preguntó Jesse. Rorke se volvió hacia Alex.

— ¿Has visto los periódicos de la mañana?

—No los había visto hasta que alguien me ha puesto uno delante de las narices en el vestíbulo.

En primera página, se revelaba la identidad de los tres motoristas.

— ¿Tenéis idea de quien se ha ido de la lengua? —preguntó Alex.

Jesse se incorporó en su asiento.

—Creíamos que podías saberlo tú.

En cierto momento, Alex había tratado de convencer a Rorke y Jesse de que se revelase su identidad.

—Yo no he tenido nada que ver con ello. Si me hubierais hecho caso y nos hubiéramos identificado, habríamos podido orquestar una campaña publicitaria como Dios manda. —Alex descolgó el teléfono.

—Rose, ponme con Russell —miró a Rorke—. Sospecho que Mike Maxwell ha sonsacado a alguien de la agencia publicitaria.

De todos modos, tal y como estaba la situación, Alex pensó que, más importante que descubrir la identidad de quien había revelado sus identidades, era decidir cómo aprovechar lo ocurrido en favor de la compañía.

El martes por la tarde, Genie fue a casa de su hermana para cenar. Estaba en la cocina llenando las tazas de café cuando Maggie le llamó.

— ¡Genie, ven aquí enseguida. Rápido!

Genie corrió al cuarto de estar. Maggie le señaló el televisor. En la pantalla, aparecían las tres motos entre cámaras y equipo de iluminación.

—El presentador ha dicho que es una filmación del día que hicieron los anuncios de Yankee.

Mientras veían la pantalla, aparecieron en escena tres hombres con trajes de cuero y cascos. El fotógrafo los colocó y comenzó a disparar su cámara. En la distancia, sonó un teléfono.

—De acuerdo, quince minutos de descanso —gritó una voz masculina desde detrás de las cámaras.

Uno a uno, los motoristas se quitaron los cascos. Apareció un primer plano de sus rostros y un nombre debajo de cada uno: Jesse Tyler, Rorke O'Neil, Alex Dalton.

—Aquí los tienen, señoras, los hombres de Yankee. Aunque tengo que darles una mala noticia, Rorke O'Neil se acaba de casar. Sin embargo, la buena noticia es que Jesse y Alex están solteros. La identidad de los tres motoristas se reveló esta mañana cuando la cinta de video que acaban de ver fue vendida a un reportero de un periódico local. Hasta el momento, ningún miembro directivo de Yankee ha hecho declaraciones. Esta mañana, se los ha visto salir juntos del edificio donde tienen sus oficinas.

Enseguida, en el televisor salió el edificio de Yankee y se vio a Jesse, Rorke y Alex salir, entre un montón de mujeres y periodistas, para meterse rápidamente en una limosina. Maggie sacudió la cabeza.

—Es demasiado guapo.

Genie consiguió esbozar una leve sonrisa. Recordó la mañana que encontró a Alex sentado delante de su escritorio con las fotos. Habría sido el momento perfecto para decírselo, pero no lo hizo. En ese momento, Genie supo que había estado esperando que se enamorase de ella; sin embargo, no había confiado en ella lo suficiente para revelarle el secreto y, por lo tanto, no debía amarla. Alex era el que vestía de azul, el hombre que había admirado en la foto. Ahora ya no le extrañaba que a Alex le hubiera hecho gracia. Maggie apagó el televisor.

— ¿Te ha llamado Alex desde que has vuelto de Nueva York?

Genie le había contado a su hermana que había visto a Alex, aunque no le había dicho que se quedó en su casa.

—Sí, me llamó el sábado.

— ¿Te habló sobre esto? —hizo un gesto con la mano indicando el televisor.

—No, ni una palabra.

No cabía duda de que, de sentir algo por ella, se lo habría dicho. Tal y como le había dicho en el aeropuerto, lo único que le había prometido era un fin de semana para recordar. Él problema era que ella no le había querido creer. Ahora si le creía. Genie llevaba en su casa una hora cuando sonó el teléfono. Era Alex. Se saludaron y, después, Alex dijo:

—Ángel, no me va a ser posible ir el fin de semana.

—Me lo imaginaba.

Ahora que a Alex le perseguían las mujeres, ¿por qué iba a perder el tiempo con ella? Por lo que había visto en televisión, la población femenina estaba dispuesta a arrojarse a sus pies. Podía elegir a quien quisiera… igual que Will.

— ¿También os habéis enterado vosotros… tan pronto? —preguntó él.

—Lo hemos visto en las noticias, por televisión. Se ha enterado todo el mundo en este país.

— ¡Maldita sea!

—También habéis salido tú, Jesse y Rorke saliendo de la oficina hoy.

— ¡Menuda pesadilla! —Pero Genie no le creyó.

—Bueno, no voy a entretenerte más, debes estar muy ocupado.

—He perdido muchas horas de trabajo hoy, aunque espero recuperarlas esta noche. Intentaré ir el otro fin de semana.

¿Iba, de verdad, a trabajar esa noche? Genie se sintió como si acabara de despertar para encontrarse en medio de la misma pesadilla que habían sido los últimos meses con Will. ¿Estaba dispuesta a volver a vivir la misma inseguridad y las mismas sospechas?

Todo ese tiempo que había pasado sola preguntándose qué mujer se le estaría ofreciendo, la tortura de no saber cuándo él no podría resistírsela Luego, las acusaciones de, que si ella hubiera sido mejor amante, él no habría sucumbido a la tentación. Todo eso le había ocurrido con Will. ¿Quería que le ocurriera lo mismo con Alex?

—No es necesario que te molestes, a menos que quieras visitar a tu familia.

—Voy a ir a verte a ti. —Genie respiró profundamente.

—Creo que es mejor que no volvamos a vernos. —Se hizo una pausa, que Alex interrumpió.

— ¿No te parece algo raro que eso venga de una mujer que ha dicho que me ama?

—Ya que a ti no te pasa lo mismo, ¿qué importancia puede tener? —Genie colgó el teléfono.

Alex contrató a unas mecanógrafas más para ayudar a su secretaria con las llamadas telefónicas y el correo.

El jueves por la mañana, dejaron encima de su escritorio dos montones de cartas. Su secretaria, Rose, señaló ambos montones

—Esta correspondencia es de negocios: solicitud de entrevistas,

apariciones en público; este otro montón son cartas de fans y proposiciones matrimoniales.

— ¿Proposiciones matrimoniales? —Rose se encogió de hombros.

—Es muy duro ser un sex symbol. —Riendo, Alex tomó la primera carta del segundo montón.

— ¡Es verdad, es una proposición matrimonial! Creía que estabas de broma.

—No bromeo con estas cosas.

Alex sacudió la cabeza con expresión de incredulidad. La vida era muy extraña. Alexander Lee Dalton, en el pasado un marginado y ahora el sueño de toda mujer. ¡Quién iba a imaginarlo!

Aunque ya no era el sueño de toda mujer; al menos, ya no lo era de Genie. A pesar de que ella no le había dicho que ya no lo amaba, le había dejado muy claro que no quería volverlo a ver. «No te preocupes por eso. Sólo ibas a verla unas cuantas veces más». Sí, pero se suponía que era él quien iba a dejarla a ella. Ya se le ocurriría algo; pero, por el momento, tenía que trabajar.

Ese mismo mediodía, Jesse entró en la oficina para ver si quería almorzar con él y Alex aceptó. Fueron a un restaurante de esa zona al que iban con frecuencia. Estaban acostumbrados a atraer la atención femenina, miradas y susurros de una a otra, pero aquel día los miraban con descaro, abiertamente, hasta les guiñaron más de un ojo. Jesse sacudió la cabeza.

—Ya sé que sólo han pasado cuarenta y ocho horas, pero ya me estoy cansando.

Alex no compartía la opinión de Jesse. Le gustaban tantas atenciones, lo utilizaba para vengar al solitario adolescente que había sido.

—Es como si todas las mujeres con las que he salido o he intercambiado números de teléfono quisieran volver a ser amigas mías. Eso, sin mencionar las nuevas, que aparecen por todas partes.

—Lo mismo digo.

El camarero se acercó y ellos eligieron el menú, cuando volvieron a quedarse solos, Jesse preguntó.

— ¿Has salido con alguna de ellas ya?

— ¿Quién tiene tiempo? —Alex bebió un sorbo de agua—. Aunque, por la cara que pones, es evidente que tú sí.

—No es esa clase de cara, Dalton.

— ¿Has salido con alguna o no?

—Sí, anoche. Después de cenar, fuimos a mi casa. Mientras yo elegía música, ella se fue. Yo creí que estaba en el cuarto de baño, pero la encontré en mi dormitorio. Había abierto el armario y estaba

buscando el traje de cuero que llevaba en el anunció. Quería que le hiciera el amor con el traje de cuero puesto. —Alex se echó a reír.

— ¿Con las botas y el casco también?

—No lo dijo, pero se llevó una desilusión cuando le dije que el traje de cuero no era mío.

—Deberías comprarte uno. —Jesse lanzó un gruñido.

— ¿Crees que me divierte hacer el amor con una mujer que lo único que quiere es la imagen de Yankee, no a mí?

Alex no lo había mirado desde ese punto de vista. Había estado satisfaciendo su ego, vengando al adolescente que había sido. Pero las mujeres que iban detrás de él también buscaban sólo su imagen, no a él.

—Visto así, no es muy divertido. Una bonita rubia con un traje muy ceñido se acercó a su mesa.

—Perdonad, pero… ¿no sois los del anuncio de Yankee? —Alex y Jesse intercambiaron una mirada. — ¿Podríais darme un autógrafo? —continuó la rubia ofreciéndoles una hoja de papel y un bolígrafo.

Jesse firmó primero, y Alex se dio cuenta de que no estaba muy contento. Para compensar, Alex coqueteó con la rubia cuando le llegó el turno de firmar. Tan pronto como la mujer se alejó, Jesse se volvió a Alex.

—Ya estoy más que harto. Esta noche vuelvo a Florida. Voy a encerrarme en el laboratorio a jugar con unas aleaciones nuevas hasta que esto haya pasado.

Llegó su almuerzo, pero Alex había perdido el apetito.

El viernes al mediodía, Alex estaba más que cansado, estaba agotado. Necesitaba tranquilidad, la tranquilidad que había encontrado en los brazos de Genie. Quizá pudiera arreglarlo para ir ese fin de semana a Georgia como, antes de todo lo ocurrido, había pensado hacer.

El viernes por la noche Genie estaba metiendo los cacharros en el lavavajillas cuando sonó el timbre.

— ¡Alex!

—Hola. Estaba dando un paseo por aquí y….

A pesar de saber que no era una buena medida, Genie le dejó entrar. Una vez en la casa, notó que tenía aspecto de estar muy cansado. Alex le dedicó una traviesa sonrisa.

—He tenido una semana horrible.

—Se te ve agotado. —Alex la estrechó en sus brazos.

—Y a ti se te ve preciosa. —Genie lanzó un suspiro y apoyó la cabeza en si pecho. Las piernas comenzaron a temblarle y sintió un familiar cosquilleo en el bajo vientre.

—Alex, esto no es una buena idea.

—Sólo te estoy abrazando.

— ¿Lo único que vas a hacer conmigo es abrazarme?

—Eso depende sólo de ti. —Genie alzó la cabeza para mirarlo.

— ¿De mí?

—Única y exclusivamente.

Sin poder resistirlo, Genie le rodeó el cuello con los brazos y él la besó. El sabor de él la embriagó y se dio cuenta de que estaba perdida. Sus buenas intenciones se desvanecieron, se olvidó de que tenía que protegerse contra ese hombre.

Abrió los labios y le permitió la entrada. La lengua de Alex le acarició el interior de la boca. Alex lanzó un ronco gemido. La invitación a ir más allá de un beso era clara. Genie sabía que se arrepentiría por la mañana… o cuando el volviera a Nueva York y a su público femenino. Se arrepentiría, pero no podía evitarlo. Lo deseaba. Genie se apartó de él.

— ¿Quieres que subamos a mi habitación?

—Si tú quieres.

Genie apagó las luces del cuarto de estar, le tomó la mano y le condujo al piso de arriba. Fueron quitándose la ropa por el camino antes de dejarse caer encima de la cama entre risas de felicidad por estar juntos. Las horas de soledad desaparecieron cuando intercambiaron besos y caricias apasionados. Genie trató de ir despacio, de saborear el momento, pero su cuerpo parecía ser de otra opinión.

—Ahora, por favor. Alex, ahora.

— ¿Ahora qué, ángel?

—Hazme el amor ya. —Alex le chupó el pezón.

—Eso es lo que estoy haciendo.

—Hablo en serio. Ya sabes a lo que me refiero. —Alex se colocó para penetrarla pero se contuvo.

— ¿Dime qué quieres? —Ella se arqueó.

—A ti. —Por fin, entró en ella. Genie gritó su nombre.

Se movieron al mismo ritmo, avanzando y retrocediendo. Hicieron el amor con frenesí, lo que no había ocurrido en Nueva York.

—Te amo —murmuró Genie segundos antes de que ambos alcanzaran el éxtasis.

Al cabo de un rato, Genie comenzó a sentir un nudo en el estómago. Su arrepentimiento no había esperado hasta la mañana siguiente. «¿Qué has hecho, Genie?» Había vuelto a declararle su amor y, de nuevo, Alex no la había correspondido. Genie lo miró. Alex sonrió. Una sonrisa perezosa y triunfal.

—Yo… creo que es mejor que te vayas. —Alex frunció el ceño.

— ¿Qué?

Genie se apartó de él hasta sentarse en el borde de la cama, cubriéndose con el edredón. ¿Acaso no le quedaba un poco de orgullo? No sólo se había acostado con él, sino que también le había confesado su amor, consciente de que Alex no la amaba.

—No quería que ocurriera esto.

—Yo tampoco. Esta noche, no, ángel. Esta tarde, cuando he llegado, estaba agotado. Ahora, después de esto, casi no puedo mantener los ojos abiertos. Vamos, Genie, apaga la luz y métete en la cama.

Alex sólo quería dormir. Tenían que hablar. Necesitaba hacerle comprender que era un tormento para ella amarlo como le amaba sin que él sintiera lo mismo por ella. Alex bostezó.

—Ángel, por favor, ten compasión de mí.

A la mañana siguiente, el aroma a café despertó a Genie. Alex estaba en la cama, con una taza de café, leyendo el periódico de Wiley de ese día.

— ¿De dónde lo has sacado?

—El chico que los reparte lo ha tirado al jardín. Bueno, en realidad ha caído al otro lado de la valla; pero, por fortuna, la señora Craig lo ha visto, lo ha tomado y me lo ha dado.

— ¡Oh, no, Dios mío! ¿La señora Craig?

—Sí, tu vecina —Alex dejó la taza encima de la mesilla de noche, dobló el periódico y lo dejó en el suelo—. ¿Te encuentras bien? Estás un poco pálida.

— ¿Has salido esta mañana y has hablado con mi vecina?

—Vecinas. La señora Johnson también estaba fuera, plantando unas flores. —Genie sintió ganas de gritar.

— ¡Cómo has podido hacerme esto! —Genie escondió la cabeza en la almohada.

—Ya has dejado de vestirte como una maestra. ¿No quieres que se den cuenta también de que has dejado de comportarte como tal?

—No. Eso no es asunto suyo… ni de mis padres… ni de mi hermana… Se va a enterar todo el pueblo. Es más, puede que salga en primera plana del periódico. —Alex se echó a reír.

—No tiene gracia, Alex.

—Sí que la tiene —Alex continuó riendo.

—No puedo creer cómo es posible que tenga tan mal gusto con los hombres. Primero, Will; ahora, tú. —Alex dejó de reír.

—Ese es un golpe bajo, y no me gusta.

—A mí tampoco me gusta que hayas dejado que mis vecinos te vean saliendo de mi casa por la mañana —de repente, sintió aún más

aprensión al verlo desnudo—. ¿Qué llevabas puesto?
—Nada.
— ¿Nada?
—Nada —repitió él. Genie lanzó un gemido y Alex la abrazó.
— ¡Sal de aquí ahora mismo! —Genie intentó zafarse de él, pero Alex consiguió maniobrar hasta colocarse encima de ella.
—Vamos, Genie, tranquilízate. Sólo estaba bromeando.
— ¿Bromeando?
—Sí. Es verdad que no llevaba nada, pero no he salido.
— ¿Y el periódico?
—Como está lloviendo, el chico lo ha metido por la ranura de la puerta para el correo.
Genie, callada, agudizó el oído. Era verdad, estaba lloviendo. Se mordió los labios y, despacio, sacudió la cabeza.
—Me siento como una imbécil. —Alex, con expresión pensativa, le acarició el cuerpo.
—Pues yo te siento maravillosa. Suave, cálida, sensual… —la besó en los labios—. Siento haberte asustado, pero no he podido evitarlo. Has puesto tal cara cuando has visto el periódico que… enseguida me di cuenta de lo que estabas pensando. Y como te pones tan guapa cuando te enfadas…
—Perdona por haber pensado que me harías algo así.
—De acuerdo, pero deberías saber que nunca te pondría en vergüenza delante de los vecinos deliberadamente. Es más, anoche, cuando vine a tu casa, dejé el coche en casa de Grandee para que nadie supiera que estoy aquí.
—Perdona por haberte comparado con Will.
—Yo no me parezco a Will en nada, Genie.
Excepto que los dos eran famosos y tenían un ejército de admiradoras. Debían hablar de ello. Pero así, tumbados y desnudos, él encima de ella, no era el mejor momento para mantener una conversación seria. Y cuando Alex le cubrió la boca con la suya, no hubo ninguna conversación. Había pasado la hora del desayuno cuando bajaron.
—Bueno, ¿qué hacemos hoy? —preguntó Alex mientras Genie preparaba algo para comer.
—Creo que tenemos que hablar.
—Te has puesto muy seria. ¿No tenemos suficiente seriedad el resto de la semana jugando a hombre de negocios y a maestra?
—Tú ya no eres sólo un hombre de negocios, eres un fenómeno nacional —Genie dejó la jarra de con zumo de naranja encima de la mesa y se quedó de pie, al lado de Alex, mientras éste ponía

mantequilla en una tostada—. ¿Por qué no me dijiste que eras tú el del anuncio? —Alex se encogió de hombros.

—No me pareció importante.

— ¿Que no te pareció importante?

—No teníamos intención de descubrir nuestra identidad todavía, así que no le di importancia.

— ¿Que no le diste importancia cuando necesitaste barricadas para sujetar a las mujeres que se os querían echar encima cuando salisteis de la oficina?

—No esperaba ese tipo de reacción.

—Tuviste la ocasión perfecta para decírmelo ese día en Nueva York cuando estuve mirando las fotos.

—No me pareció necesario.

— ¿En ese punto de nuestra relación?

— ¡Aja! —Alex dejó el cuchillo en el plato y se volvió para mirarla —. Ese es el problema, que vemos nuestra relación de manera diferente. —Genie se quedó pensativa unos segundos.

—Sí, supongo que tienes razón. Esperar que me dijeras eso era asumir que había una relación entre los dos, mientras que para ti era hacerme pasar un buen fin de semana.

—No me digas que no te lo advertí.

—Lo sé.

—Pareciste aceptarlo cuando te marchaste.

—Sí, es verdad.

—Y te pareció bien cuando te llamé para decirte que venía el fin de semana. ¿Por qué has cambiado de opinión al descubrir que soy el modelo del anunció?

Genie se sentó a la mesa. Estaba segura de que la respuesta a esa pregunta era lo que le había ocurrido con Will, pero no quería mencionar el nombre de éste.

—No lo sé seguro, pero eso es lo que me ha pasado. —Alex se levantó y se colocó a sus espaldas. Le puso las manos en los hombros y comenzó a darle un masaje en el cuello. Genie cerró los ojos y comenzó a relajarse.

—Cuando me llamaste para decirme que venías a Wiley también dijiste que teníamos que hablar.

Genie se había permitido creer que lo que Alex quería decirle era que él también la amaba.

—Quería hablar de cómo podíamos arreglárnoslas para pasar más tiempo juntos; por ejemplo, en navidades, durante las vacaciones y demás.

— ¿Quieres que pasemos más tiempo juntos?

—Claro.

¿Podría estar enamorándose de ella?

— ¿Por qué?

— ¿Por qué crees que un hombre quiere estar con una mujer?

—O porque disfruta de su compañía o porque quiere llevársela a la cama.

—Bueno, en mi caso, son las dos cosas.

— ¿Sigues queriendo? ¿Incluso ahora que eres una atracción nacional?

—El monte Rushmore es una atracción nacional. ¿Has estado allí alguna vez?

—Estás cambiando de tema.

—Porque no creo que pueda darte la respuesta que tú quieres.

¿Se había dado cuenta de que lo que quería oír era que la amaba, sólo a ella? Genie recordó la noche que cenaron en el café Wiley. En esa ocasión, Alex le ofreció una aventura amorosa, nada más; y ahora, era más o menos lo mismo. Tenía que hacer acopio de valor para decirle que no quería volver a verlo.

Capítulo 11

Genie consiguió vivir el momento durante el resto del fin de semana. Si había una posibilidad de que Alex se enamorase de ella, sólo sería si dejaba de rogarle o quejarse. Por lo tanto, se dedicó a disfrutar.

Lo pasó muy bien con Alex, las horas volaban en su compañía. El sábado por la noche, después de hacer el amor, Genie apagó la luz y se acurrucó junto a él en la cama.

—Estaba pensando en una cosa… dijiste que, cuando éramos adolescentes, yo te gustaba.

—Sí.

—En ese caso, cuando mi madre te invitó a mi fiesta de cumpleaños, ¿por qué no viniste? —Alex se quedó muy quieto; por fin, contestó.

—Después de salir de tu casa, de camino a la mía, decidí volver para pedirle a tu madre que me diera alguna idea para hacerte un regalo. Cuando llegué, tu madre y tú estabais discutiendo. —Genie sintió un nudo en el estómago

—Y nos oíste. —Le oyó respirar profundamente.

—Sí.

—Me acuerdo que discutimos, pero no recuerdo lo que dije. ¿Qué dije, Alex?

—Eso pasó hace mucho tiempo, Genie.

—Sí, pero tú te acuerdas de lo que dije, ¿verdad?

—Sí.

—Lo siento. Ojalá pudiera decir que no hablaba en serio, que no pensaba lo que dije.

—Vamos, Genie, duérmete. —Alex la rodeó con sus brazos.

—En serio, Alex, lo siento mucho.

—Fue hace mucho tiempo, ya ha pasado.

Genie trató de recordar la discusión con su madre. Sabía que se disgustó porque su madre había invitado a Alex a la fiesta y sus amigos se reirían de ella. Pero… sí, una palabra le vino a la mente: idiota. Le había llamado idiota y estaba segura de que había dejado muy claro que no quería que fuera a su fiesta de cumpleaños. Cómo debía haberle dolido a Alex.

El domingo, ambos estaban algo deprimidos. Genie no sabía si era por la inminente partida de Alex o por la conversación de la noche anterior. Alex le dijo que tenía que marcharse al mediodía. Genie le acompañó hasta la puerta. Lo que más la preocupaba era que no

habían quedado en cuándo volverían a verse. Quizá Alex había cambiado de idea. En la puerta, Alex la estrechó en sus brazos la besó.

— ¿Me quieres, ángel?

Desde el viernes por la noche había evitado esa palabra. Si Alex estaba saliendo con ella por venganza, no quería perder su amor propio.

—Yo… he estado pensando. Puede que me precipitase al decirte que te quería. Lo pasé muy bien en Nueva York y… —La sonrisa de Alex se desvaneció.

— ¿Qué quieres decir?

—Eres un amante maravilloso. Me has devuelto la confianza en mí misma y te lo agradezco mucho, Alex. —Alex lanzó una carcajada.

— ¿Que me lo agradeces?

—Sí. —Alex la tomó los brazos con fuerza.

—Maldita sea, Genie, no quiero tu gratitud. Quiero que me desees, que me necesites, quiero que me ames.

¿Quería todo eso por venganza?

— ¿Por qué?

—Lo dijiste en Nueva York y volviste a decirme que me querías el viernes.

—Sé perfectamente lo que dije.

—Dilo otra vez.

— ¿Por qué?

—Porque quiero oírtelo decir.

— ¿Para echármelo a la cara? Al menos, podías dejar mi orgullo en paz, Alex. ¿No te resulta suficiente que todas las mujeres de este país estén locas por ti? —Alex la miró con extrema frialdad.

—Quizá debería ser suficiente —respondió dándose la vuelta hacia la puerta.

— ¿Alex? —El volvió la cabeza.

—Cuando viniste para la fiesta de Grandee, ¿me pediste que saliera contigo por venganza, porque no quería salir contigo cuando éramos adolescentes? —Despacio, Alex se dio la vuelta hasta quedar de cara a ella.

— ¿Quieres la verdad? —Genie vaciló. ¿Estaba preparada para oírla? Asintió.

—Sí.

—No me enorgullece… pero sí. Sí, por eso te pedí que salieras conmigo.

De repente, una oleada de desaliento, dolor e ira la invadió. Su amor propio y su orgullo estaban profundamente heridos. Genie

quería que se retractase de sus palabras. Quería que Alex le dijera que había querido salir con ella porque le gustaba mucho de adolescente y no había podido olvidarla.

—Gracias por ser honesto conmigo.

—Supongo que, por lo menos, te debo eso. —Genie se encogió de hombros.

—Adiós, Alex.

El martes por la mañana, en la oficina, Alex tomó el teléfono.

— ¿Sí?

— ¿Alex Dalton?

—Sí, soy yo.

—Alex, soy Adrienne Stanfield. Eramos compañeros en el instituto.

El mes anterior, de camino a Wiley, había pensado en Adrienne. Era la primera chica a la que le había pedido que saliera con él; Genie habría sido la primera… si Will no le hubiera disuadido. Así pues, Adrienne ocupó el primer lugar. Como respuesta, ella le miró con despreció y se alejó.

—Sí, me acuerdo. Dime, Adrienne, ¿qué puedo hacer por ti?

—Te vi en televisión la otra noche. Al principio, no me di cuenta de que eras tú. Pero luego, cuando hablaron de ti y tu vida…

A Alex le habría gustado ver su reacción en esos momentos.

— ¿Todavía vives en California?

—Sí. Escucha, si vienes por aquí para ver a tus padres, me gustaría que me llamaras.

—Claro.

«Ni lo sueñes».

—Conozco un restaurante…

— ¿Estás invitándome a cenar?

—Sí, si todavía quieres salir conmigo.

— ¿Si todavía quiero salir contigo? Adrienne, te pedí que saliéramos el último año de instituto, y me miraste como si se te hubiera atragantado una espina en la garganta.

—Bueno, ya sabes cómo es el instituto. Hay mucha presión y… De verdad me gustabas, pero tenía miedo de lo que dirían los demás si nos veían juntos. Ya sabes como son los adolescentes.

¡Que si lo sabía! No creyó ni una palabra de Adrienne, haciéndose víctima de las circunstancias. Al menos, Genie había sido honesta. Había admitido que no habría salido con él si se lo hubiera pedido. Ahora que oía las excusas de Adrienne, valoraba más la honestidad de Genie. Aunque no había sido honesta del todo con él el último día. Le había mentido al tratar de convencerlo de que no lo amaba. ¿O acaso había querido convencerse a sí misma? Dulce Genie.

Como si todo lo que Will le había hecho pasar no fuese suficiente, él había aparecido en Wiley para vengarse. Dispuesto a hacerle que se enamorase de él, lo había conseguido. A pesar de que el domingo lo hubiera negado, Alex sabía que todavía lo amaba. Lo tenía escrito en los ojos. El había ganado.

¿Sí? ¿Por qué echaba de menos su risa y el calor de su cuerpo? De todas las mujeres con quienes había hecho el amor, Genie era la única de la que no se podía olvidar. ¿Por qué? La respuesta le dejó perplejo. Mientras había estado haciendo que Genie se enamorase de él; lenta pero irrevocablemente, Alex se había enamorado de ella. ¿Qué demonios iba a hacer al respecto?

El sábado por la mañana, Genie había salido de la biblioteca y se dirigía a su casa cuando oyó el motor de una moto a sus espaldas. Se acercó a ella y se detuvo. No quería hacerse ilusiones, no podía ser Alex. ¿Qué iba a hacer en Wiley ese fin de semana? Además, ¿por qué iba a querer verlo? Ya estaba todo hablado. Por fin, volvió la cabeza. Cuando vio a Alex sentado en la moto, estuvo a punto de frotarse los ojos para asegurarse de que no era un espejismo.

—Hola, Genie. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Sólo es media manzana.

En el momento que contestó, se arrepintió de sus palabras. Sólo era media manzana, pero habría significado estar junto a él. Antes de darle tiempo a decirle que había cambiado de idea, Alex respondió:

—En ese caso, nos vemos allí.

Cuando Genie llegó a la puerta de su casa, Alex estaba en el porche esperándola. Pasó por delante de él y abrió la puerta. En el vestíbulo, se hizo a un lado para dejarle entrar. Alex iba vestido con unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca. Genie hizo un gran esfuerzo para contenerse, para no arrojarse a sus brazos, y él no la tocó. Entró en el cuarto de estar y se sentó en el sofá.

— ¿Te apetece tomar algo?

—Por el momento no, gracias.

Genie se dispuso a sentarse en un sillón, pero Alex dio una palmada en el sofá, indicándole que se sentara junto a él. Genie así lo hizo, pero dejó espacio entre los dos.

—No me dijiste que pensabas venir a Wiley este fin de semana.

—Ha sido una decisión de última hora. Quería disculparme por lo del otro día.

—Creo que los dos dijimos cosas que desearíamos no haber dicho. —Alex le puso la mano en la barbilla y le volvió la cabeza para que le mirase.

— ¿Hablabas en serio cuando me dijiste que, en realidad, no me

amabas?

¿Habría ido Alex para poner punto final a su venganza? Qué más daba.

—No.

—Entonces, ¿me amas?

—Sí, estoy enamorada de ti, Alex. —«Y perderte es mucho más doloroso que ha sido perder a Will».

Alex apartó la mano y se puso en pie. Genie pensó que iba a marcharse y se mordió el labio inferior con fuerza para evitar echarse a llorar. Sin embargo, Alex, en vez de marcharse, se metió la mano en un bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo. Volvió a sentarse, pero más cerca de ella. Perpleja, Genie le observó mientras él abría la caja. Genie contuvo la respiración al ver el brillante.

—Es precioso.

— ¿Quieres casarte conmigo, Genie? —Ella lo miró.

—No sé qué decir.

—Bastará con un sí o un no.

— ¿Estás seguro de lo que estás diciendo?

—No te lo habría pedido si no estuviera seguro.

— ¿Qué me dices de todas las mujeres que te desean, Alex?

—No me importan esas mujeres, Genie. La única mujer que me importa eres tú. —Genie deseaba creerle.

— ¿Cómo puedes estar seguro?

—No les intereso yo, les interesa el macizo de la moto Yankee. Tienen una mentalidad tan estrecha como los chicos que me molestaban y se reían de mí porque llevaba gafas y tenía acné.

—Estoy segura de que no son todas así. Quizá deberías salir con algunas. —Alex arqueó las cejas.

— ¿Quieres que salga con otras mujeres?

—Claro que no, pero quiero estar completamente segura de que no te arrepentirás de haberte casado conmigo.

—Ya verás como, con el tiempo, todo este furor por mí se pasará. Rorke y Jesse están tan hartos como yo de este alboroto. No quiero darte ejemplos ni detalles ahora, pero te aseguro que sé que lo que hay entre tú y yo es especial.

Genie le rodeó el cuello con los brazos.

—Lo que hay entre los dos es especial.

—Creí que podía marcharme y olvidarme de ello, pero no puedo. Te quiero, Genie.

—Yo también te quiero.

— ¿Significa eso que sí?

—Sí. —Alex la estrechó contra sí y la besó.

Unos segundos después, se apartó ligeramente de ella. Sacó el anillo de la caja, se lo puso en el dedo y luego lo contempló.

—Te quiero —susurró ella.

—Yo también te quiero. Y siempre te querré.

«Siempre te querré», dijo Genie en silencio mientras se besaban otra vez. No sabía cómo, pero acabó tumbada en el sofá con Alex encima. Por fin, Alex se incorporó y se quitó los brazos de Genie que le rodeaban el cuello.

— ¿Alex?

—No te preocupes, no voy ir a ninguna parte —lentamente, bajó la mano por las piernas de Genie—. Lo único que voy a hacer es quitarte los zapatos.

— ¿Los zapatos?

—Para empezar.

Pasaron el resto de la mañana y primeras horas de la tarde en medio de aquella magia que habían creado entre los dos. Empezaron en el cuarto de estar y acabaron en la cama de Genie. El poco romántico sonido del estómago de Genie se dejó oír.

— ¿Tienes hambre?

—De muerte.

— ¿Salimos para celebrarlo?

—Podríamos preparar algo en la cocina y celebrarlo aquí.

—Una oferta muy tentadora, pero quiero que salgamos. Así que… levántate y arréglate.

— ¿Dando órdenes tan pronto? —Alex le sonrió.

—Por favor, Genie, ¿me harías el favor de salir a cenar conmigo? —Genie lanzó un gruñido.

—Eso es peor aún. Sabes que no puedo resistirme a tu hoyuelo.

— ¿A cuál?

Capítulo 12

Tomaron el coche de Genie y dejaron la moto de Alex en el garaje. Genie se dio cuenta de que la carretera que Alex había tomado pasaba por Roseleigh.

Supuso que iban a cenar en Calhoun y le sorprendió que Alex girase y se adentrase por el camino de Roseleigh. Intentó preguntarle, pero Alex la urgió a que entrara. Después de subir unas escaleras, la metió en una suite. Genie no supo qué pensar al ver allí a su madre, a su hermana, a Esther Dalton y a Grandee. Su madre se acercó a ella y la abrazó.

—Genie, no sabes lo feliz que estoy. —Maggie fue la siguiente.

— ¿Por qué no me lo dijiste?

— ¿Qué?

—Que comediante—dijo Maggie riendo—. Bueno, enséñanos el anillo. —Genie alzó la mano.

—Es precioso—dijo Maggie—, no tanto como mi cuñado, pero casi.

Maggie se acercó a Alex y le dio un abrazo. Grandee y Esther se acercaron a Genie para abrazarla también. Después, Genie se volvió a Alex.

— ¿Qué significa esto?

—Has dicho que ibas a casarte conmigo.

—Sí, pero…

— ¿Has cambiado de idea?

—No, pero…

— ¿No habías soñado siempre con casarte en Roseleigh?

—Sí, pero… —Alex la besó.

—En ese caso, prepárate. Te veré en el salón de fiestas.

¿Iban a casarse? ¿Ese día? ¿Ya?

—Pero…

Alex salió antes de que le diera tiempo a hacerle más preguntas. Maggie la tomó del brazo y la condujo a un armario donde había tres trajes de novia.

—El mío, el de mamá y el de Grandee —explicó Maggie mientras Genie los miraba.

Genie se probó los tres vestidos. Todas estuvieron de acuerdo, el de Grandee era el que mejor le sentaba.

—Tengo miedo de mancharlo o estropearlo —dijo Genie. Grandee le puso una mano en el brazo.

—Por favor, no te preocupes por eso. Me haría muy feliz que te lo pusieras. Alex siempre ha sido especial para mí y me gustaría que su

novia lo llevara el día de la boca.
Genie se dio por vencida. Maggie asintió.
—Estupendo. Y ahora que ya está el vestido, vamos a peinarte y a maquillarte.
Genie se sentó y dejó que Maggie se encargase de eso. Oyó las voces de las otras mujeres mientras hablaban, pero no prestó atención a lo que decían.
Genie todavía no había asimilado lo que estaba ocurriendo. Creía que había salido con Alex a cenar y ahí estaba, preparándose para su boda. Quería ser su esposa, pero no habían discutido sobre dónde iban a vivir ni sobre el trabajo de ella. ¿Acaso Alex imaginaba que iba a dejarlo todo por él? ¿Estaba dispuesta a poner su vida al servicio de su marido como había hecho su madre? Lo amaba y quería casarse con él, pero…
—Tengo que ver a Alex —dijo Genie.
—No puedes, llevas puesto el vestido de novia —le dijo su madre—. Da mala suerte. Ya ha sido bastante malo que lo vieras hoy.
¿Qué diría su madre si supiese que habían pasado horas haciendo el amor?
—Necesito hablar con él. —Grandee se acercó a Genie y le puso una mano en el brazo.
—Creo que daría más mala suerte casarse con una novia con dudas. Esther, ve a buscar al chico.
La abuela de Alex salió de la habitación. Regresó en breve, con Alex, que estaba mortalmente guapo con el esmoquin y una rosa roja en la solapa. Instintivamente, Genie deseó arrojarse a sus brazos; sin embargo, miró a Grandee.
— ¿Podríamos hablar a solas? Por favor. —Por fin, Genie y Alex se quedaron solos.
— ¿Querías verme? —preguntó Alex con voz tensa.
—Sí.
Alex no se movió de donde estaba, a pocos pasos de la puerta.
—Bueno, aquí estoy.
—Alex…
—Escucha, si quieres cancelar la boda, no tienes más que decirlo. Por el amor de Dios, Genie, no te andes con rodeos ni intentes endulzarlo. —Genie se puso en pie y se acercó a él.
—Lo único que quiero es aclarar unas cuantas cosas… todo esto es tan súbito, tan… —Alex se puso las manos en las caderas.
—Adelante.
—Alex, ¿qué hay de mi trabajo? Me encanta enseñar, no quiero dejarlo. —Parte de la tensión de la expresión de Alex se disipó.

—No te he pedido que lo hagas. De hecho, la semana siguiente después de volver de nuestro viaje de luna de miel, tienes una entrevista de trabajo en el colegio Maitland. Es un colegio privado, mi secretaria me ha asegurado que es el mejor de la zona.

— ¿Has arreglado una entrevista de trabajo para mí?

—Sí. No creí que te molestara.

Además de organizar la boda, se había tomado la molestia de arreglarle una entrevista de trabajo. Se había encargado de todo eso sin siquiera saber si ella aceptaría casarse con él.

—Casi no puedo creerlo. No sé qué decir.

—Lo único que te pido es que lo pienses y veas el colegio antes de decidir. Que veas otros colegios de la zona y, si no encuentras nada que te guste, yo empezaré a moverme para trasladar las oficinas de Yankee. Sin embargo, tienes que contar con que eso me lleve un tiempo, no es algo que pueda hacer de la mañana a la noche.

— ¿Harías eso por mí?

—Claro. ¿Qué imaginabas?

—No sabía qué esperar. Nunca hemos hablado de estas cosas.

—No pensé que fuera necesario. Creí que sabrías que nos casamos como socios. Los dos tenemos que adaptarnos. —Genie se dio cuenta de que había estado proyectando el comportamiento de Will en Alex.

—Alex, va a llevarme un tiempo acostumbrarme a alguien que me trata con consideración y miramiento.

—Genie, no habría habido ningún malentendido si hubiéramos tenido tiempo para hablar. En condiciones normales, habríamos hablado de ello, pero yo quería darte una boda sorpresa. Quería ofrecerte la clase de boda con la que habías soñado.

Alex abrió los brazos. Genie se abrazó a él. Alex la beso en la frente.

— ¿Te sientes mejor ya?

—Sí.

— ¿Algo más?

—No.

— ¿Lista para que le diga a tu padre que suba?

—No.

— ¿No?

—Quiero ir al altar tomada de tu brazo, si no te importa. —Alex sonrió.

—No me importa en absoluto.

Entraron en el salón de fiestas. Innumerables velas iluminaban la sala y los amigos y familiares llenaban las filas de asientos. Maggie y Grandee estaban de pie a un lado del reverendo Banks, Rorke y Jesse al otro lado. Olía a rosas y una pequeña orquesta de cámara comenzó

a tocar la marcha nupcial.

— ¿Es como soñabas que fuese? —Genie alzó los ojos para mirar a Alex.

—Es mejor. Gracias.

El día del desfile, cuando le contó su sueño de casarse allí, Alex comentó que lo más importante no era dónde, sino con quién. Ahora, Genie se daba cuenta de lo ciertas que habían sido sus palabras. Lo más importante era el hombre que estaba a su lado. El hombre a quien le había dado su amor, el hombre a quien iba a entregarle su vida.

La ceremonia comenzó. Las palabras y los votos fueron solemnes, pero las sonrisas que se intercambiaron eran de amor y felicidad.

Cuando el reverendo Banks le dijo al novio que podía besar a la novia, Alex le obedeció. Un beso lleno de promesas para sellar sus votos. El beso continuó hasta que Genie oyó a Rorke aclararse la garganta.

Con un suspiro, Alex apartó la boca de la de ella, pero no la soltó. La estrechó con más fuerza en sus brazos y le acarició el cuello con la nariz.

—Alex, ¿te encuentras bien? —le preguntó Genie en un susurro. Por fin, Alex se enderezó, le puso las manos en el rostro y sonrió.

—Estoy bien. Pero estoy muriéndome por quitarte… los zapatos, señora Dalton.